

Fútbol y sociedad en *La vida que pensamos*: *Cuentos de fútbol* de Eduardo Sacheri

Jon Kortazar*

Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea
España

Resumen: Este trabajo pretende un acercamiento a la narrativa breve sobre fútbol de Eduardo Sacheri, a través del análisis temático de su libro *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol*. Se han tomado en consideración dos ámbitos temáticos: la descripción del fútbol como creación de redes sociales y la creación de una imagen de sociedad en la obra. Tras unas consideraciones generales sobre la literatura sobre fútbol, el artículo se centra en la explicación de puntos de atención como la poética del fútbol como puente para hablar de problemas de la gente corriente, donde se entrelazan temas como la amistad, la lealtad, la defensa del débil, la mirada a veces irónica, a veces entusiasta sobre los jugadores profesionales, la pasión por los equipos, el tema de la traición a los colores, para terminar con un análisis del papel de la mujer en esta literatura.

Palabras clave: Literatura argentina, literatura sobre fútbol, Eduardo Sacheri, fútbol y sociedad argentina.

Football and society in *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol* by Eduardo Sacheri

Abstract: This paper aims to approach Eduardo Sacheri's brief narrative on football, through the thematic analysis of his book *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol*. Two thematic areas have been taken into consideration: the description of football as the creation of social networks and the creation of an image of society. After some general considerations about the literature on football, the article focuses on the poetry of football as a means to talk about the problems of ordinary people: friendship, loyalty, the defense of the weak. The paper also focuses on the sometimes ironic, sometimes enthusiastic gaze on professional players, the passion for teams and the theme of treason. We finish with an analysis of the role played by women in this kind of literature.

* Este trabajo es fruto del proyecto de Investigación LAIDA (Literatura eta Identitatea/ Literatura e Identidad), que pertenece a la Red de Grupos Consolidados de Investigación del Gobierno Vasco con el número IT 1572/22 y de la Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea (GIU 20/26).

Jon Kortazar

Keywords: Argentine literature, football literature, Eduardo Sacheri, football and Argentine society.

INTRODUCCIÓN

Cuando comencé a interesarme y a investigar la literatura sobre fútbol y coordiné un libro sobre fútbol y la literatura vasca con la ayuda de la profesora Mari Mar Boillos¹, había una pregunta que una y otra vez me realizaban los periodistas: ¿Por qué no hay una gran novela sobre fútbol, cuando sí la hay sobre otros deportes (señaladamente boxeo o ciclismo)? Se me ocurren —como sucedía en aquellos momentos— dos respuestas, a la que pronto añadiré una tercera, y una matización que llegará tras esa última aproximación a un problema clave. La primera de ellas tiene que ver con el carácter de equipo del fútbol donde es difícil destacar a una sola persona, y desde el punto de vista de la técnica narrativa resulta también dificultoso, aunque en las novelas históricas se ha realizado con notable éxito, mantener un elenco de protagonistas plural. En segundo lugar, el futbolista que sobresale resulta ser un ganador y en un mundo como el actual con un deporte profesionalizado, en que la mercantilización y la publicidad ocupan un lugar importante, el jugador de éxito termina siendo una figura alejada del prototipo del personaje de la novela moderna, el símbolo con una vida en continua duda y suspensión de sus creencias; por el contrario, el futbolista de éxito termina siendo una figura más propia de una hagiografía, una narración de la vida de un santo, que de una novela moderna, y, por otro lado, el carácter triunfador y enriquecido de los futbolistas hace que se separen de la vida común de la gente corriente, y, por ello, sean poco representativos de existencias normales.

La tercera razón tiene que ver con los géneros literarios. Puede que no existan memorables novelas sobre fútbol —se me ocurren varias meritorias y francamente recomendables—, pero sí que hay muy buenos cuentos en torno al tema del balón y del fútbol. Pero todos ellos se acercan a ese deporte desde perspectivas oblicuas que no se fijan en los astros del balón, sino más bien en aficionados o en cuadrillas de amigos que se reúnen los

¹ Boillos, Mari Mar/ Kortazar, Jon (eds.): *Egungo euskal literatura eta futbola*. UPV-EHU. Bilbo: Argitaipen Zerbitzua, 2020.

fin de semana para jugar al balón — como decíamos en mi infancia.

La matización quiere poner la atención sobre otras escrituras en torno al fútbol y no olvidarse de ellas, puesto que no sólo la ficción narrativa se ha fijado en ese deporte. Existe un rico periodismo deportivo y una gran colección nada desdeñable de crónicas deportivas. A su vez los documentales de televisión sobre algunos astros del fútbol pueden ocupar la plaza del elogio del héroe que tan poco simpático cae en la narrativa moderna, más propensa a quedarse con las personas perdedoras y que se sitúan en los márgenes del éxito.

El volumen *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol* de Eduardo Sacheri (1967-), editado por Alfaguara Buenos Aires en el año 2013 y en Madrid en 2014, toma el cuerpo de una selección representativa de relatos sobre el tema del fútbol que el autor argentino ha llevado a cabo a través de varias publicaciones que se reúnen en torno al deporte del balón como uno de los elementos de unidad de sus composiciones. La hoja de presentación del autor relata que esos libros de cuentos fueron *Esperándolo al Tito y otros cuentos de fútbol* (2000), *Te conozco Mendizábal y otros cuentos* (2001), *Lo raro empezó después, cuentos de fútbol y otros relatos* (2003), *Un viejo que se pone de pie y otros cuentos* (2007). En la lista puede observarse que existen “Cuentos de fútbol” y “Otros relatos”, que probablemente no hablen de fútbol, o no tengan al fútbol como eje principal. Y también resulta plausible pensar que este *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol* quiere ser la esencia de los cuentos de fútbol que aparecieron en esos libros.

Este libro nos ilustra sobre la existencia de buena literatura en torno al fútbol, literatura que se concreta en el relato, en la narrativa breve, donde la intensidad del cuento y del momento narrado es capaz de remover la sensibilidad del lector.

En el momento en que leí el volumen me di cuenta de que existía una serie de factores que se iba repitiendo aquí y allá: unidades narrativas, esquemas expresivos, propuestas de solución de finales, y, sobre todo, una forma de definir y describir a los personajes, de manera que pensé que era posible analizar una pequeña morfología del cuento de Eduardo Sacheri, algo más humilde, desde luego, que la estructura que Vladimir Propp propuso para el cuento fantástico ruso, pero que servía para describir a grandes rasgos el mundo narrativo de Eduardo Sacheri a quien admiraba desde la lectura de su magnífica novela *El secreto de sus ojos* (2005, 2008), y desde la visión de la versión cinematográfica de Juan José Campanella en 2009, que

Jon Kortazar

le llevó a ganar el Óscar a película de habla no inglesa. Aquí comenzó todo, un todo que sigue con el análisis de los cuentos de fútbol de Eduardo Sacheri.

LA VIDA QUE PENSAMOS: CUENTOS DE FÚTBOL. UN RESUMEN APRESURADO

El volumen que analizamos, *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol*, contiene una «Nota del autor», que en forma de autopoética realiza una presentación de los motivos y objetivos que el escritor tuvo en mente al realizar la recopilación. Recoge 23 narraciones breves que dan cuerpo a la selección de cuentos que decidió publicar creando una unidad de sentido. La selección termina con un «Epílogo», un ruego, una oración a Dios para pedirle que en el momento en que el autor llegue al cielo, al menos, haya un campo de fútbol para que pueda seguir jugando al fútbol en la eternidad.

De esas veintitrés narraciones nueve provienen de *Esperándolo al Tito y otros cuentos de fútbol* y el resto se recopila de otras colecciones de cuentos. Resumo sus contenidos en el orden en que aparecen en el volumen para que el lector tenga una idea de qué trata cada una de las narraciones, de manera que la explicación posterior y las alusiones que se hagan tengan algún sentido. El objetivo de este resumen apresurado, dado el número de relatos, consiste, pues, en ofrecer una información mínima sobre cada uno de los cuentos.

El libro se abre con el cuento que dio título al primer libro de relatos sobre fútbol de Sacheri: «Esperándolo al Tito». Un equipo de amigos espera a un futbolista profesional, Tito, que debe trasladarse desde Italia, sin que lo sepa el club en el que milita, para jugar un partido de la cuadrilla, con la excusa de que a su madre le dio un ataque al corazón. En «De chilena» el amigo que cuida a un enfermo a punto de morir recuerda un lance de juego, una chilena, que trajo un gol memorable, y así el recuerdo de juventud consigue la mejoría del moribundo. En «El cuadro de Raulito» se narra la doble fidelidad de un niño, hacia su padre y hacia el equipo de fútbol, River, al que dice que quiere pertenecer. Un yo narrativo cuenta el famoso gol de Maradona a la selección inglesa en «Me van a tener que disculpar». El ambiente callejero y mísero de unos jóvenes que malviven vendiendo en la calle es el contexto en que transcurre «Decisiones», narración en la que el fútbol será la vía para salir de la miseria.

Es probable que un lector poco entendido en la historia de San Lorenzo se encuentre perdido ante el relato «El golpe de El Hormiga», donde se cuenta un “atracó” para conseguir tierra del campo original del equipo que ahora se encuentra bajo el suelo de un centro comercial. «La promesa» narra la historia de unos amigos que prometieron verter en el campo del equipo de sus amores las cenizas del compañero muerto. «Motorola» muestra un doble argumento en torno a un taxista que en su viaje no puede oír el resultado que consigue su equipo del alma, el Platense, a punto de descender, a la vez que tiene que defender su afición por el equipo ante y frente a sus colegas de oficio que le toman el pelo por su fidelidad a un equipo perdedor. Un grupo de niños que deben enfrentarse a un equipo de mayores protagoniza un maravilloso cuento, lleno de sensibilidad, en «Lo raro empezó después», donde un eclipse viene a ayudar a que ganen un partido desigual. «Un verano italiano» presenta una técnica paralela, en la que el discurrir de la selección argentina en el Mundial de Italia se superpone a una relación sentimental, que va bien mientras gana la selección y se apaga en el momento en el que pierde la final.

La sección autobiográfica de esta selección de cuentos comienza con «Independiente, mi viejo y yo» donde el yo narrador, que parece coincidir con el autor, recuerda un partido crucial de Independiente, en que, de niño, se quedó dormido. En el volumen de narraciones no existe demasiado acercamiento a la literatura fantástica, pero «Por Achával nadie daba dos mangos» retoma esa corriente estética para contar una historia de un mal portero que realiza un partido prodigioso con paradas memorables. La competición entre dos equipos desiguales de niños se retoma en «Jugar con una Tango es algo más difícil de lo que a primera vista se podría suponer» (título que citaremos abreviado en adelante) en la que los niños pobres ganan a los ricos que poseen un balón de esa marca. «Un viejo que se pone en pie» cuenta la conmovedora historia de un viejo que viendo a un chaval jugando al fútbol recuerda a su hijo, ya muerto, a la vez que constituye un relato metaficcional donde se explica cómo se escribe un relato. «El Apocalipsis según el Chato» es un cuento bufo sobre una persona, el Chato, que con el objetivo de que el equipo de su rival, en la vida y en el deporte, no gane el partido final, lleva a cabo un simulacro religioso que imagina el Apocalipsis.

«Señor Pastoriza» resulta una evocación casi lírica en recuerdo de José Pastoriza (1942-2004), jugador de Independiente entre 1966 y 1972, momento en que fue despedido por encabe-

zar una huelga; volvió como entrenador entre 1976 y 1979, y el relato mantiene el recuerdo de una intervención deportiva en la final de la Campeonato de 1977. La fidelidad a un club se pone en duda, en cuestión, en «Los traidores», donde el yo narrador debe renegar del club al que pertenece para conquistar el amor de una mujer. En «El castigo» el padre perdona el castigo a un hijo que se peleó con unos chiquillos que le afearon su fidelidad a San Lorenzo. El relato «Una sonrisa exactamente así» se estructura sobre una narración que incluye otra narración, en este caso se trata de un primer encuentro de una pareja que se desarrolla de acuerdo a la narración del Maracanazo, la victoria de Uruguay frente a Brasil en la final de la Copa del Mundo del año 1950 en el estadio Maracaná.

El tono autobiográfico se retoma en «Feliz cumpleaños», donde el yo que podemos identificar con el autor cumple 16 años y ese día pone en duda su fidelidad al club que sigue en la esperanza de que el club rival consiga un resultado positivo que, al mismo tiempo, favorezca a su equipo. «Benito en cuatro meses» narra la decisión crucial que debe tomar un jugador de fútbol a quien ningún equipo quiere fichar, ha sido engañado por su representante y se encuentra en el paro. El relato que da título al libro «La vida que pensamos» cuenta la historia de una joven universitaria que, en secreto, debe acompañar a su abuelo a ver partidos de fútbol, actividad que él tiene prohibida por su enfermedad de corazón. La reconciliación de un padre y un hijo por medio del fútbol es el eje argumental de «Dominó», el relato que cierra el ciclo, que termina como dijimos, con una plegaria a Dios para que el cielo sea como Él quiera, pero que, ante todo, haya un campo de fútbol, al menos uno.

Estos breves resúmenes no llegan a ser justos con la riqueza expresiva que el autor extiende en el tratamiento de los personajes y de los argumentos, en las sorpresas, en las técnicas de creación de tensión climática como en esa genial narración «Motorola», en sus momentos de gran humor («Lo raro empezó después»), en sus rasgos de lirismo («Una sonrisa exactamente así»), en su amplia capacidad de ternura sobre todo cuando Sacheri se refiere a su padre y a su pronta desaparición, en su rica utilización de técnicas narrativas y de complejos elementos ficcionales, en el amplio uso de la metaficción.

Pero de la misma forma, en estos resúmenes podemos comprobar ya algunos hilos conductores que componen la poética de la narración de Eduardo Sacheri. Esa morfología del cuento a la que nos referíamos más arriba puede entrecruzarse en esas narraciones que repiten historias de niños enfrentados en una

lucha desigual a contrarios mayores o mejor situados, en un hilo autobiográfico que aparece aquí y allá, en argumentos que repiten esquemas, en cuentos que se apoyan en el fútbol para contar otra historia sentimental paralela, en relatos que hablan de fidelidades a un equipo o de las condiciones en las que se dio la traición a los colores, o textos en los que la comunicación entre padre e hijo resulta crucial en la creación de una identidad, personal y social.

La investigadora suiza Yvette Sánchez ha resumido en un párrafo brillante las constantes argumentales de los cuentos sobre fútbol:

Los temas clave tratados en los cuentos de fútbol los compilaría de esta manera: la dialéctica entre el fracaso y el éxito, la nostalgia, la retrospectiva a la socialización futbolera (activa y pasiva) e iniciación en la infancia y adolescencia con un dejo de glorificación romántico-sentimental y absoluta lealtad al club; las historias de hinchas, el final o la interrupción abruptos de la carrera de los jugadores (por alta presión de rendimiento o lesiones), las dependencias entre el fútbol y los negocios o la política (muchas veces totalitaria o populista, pero no sólo), la situación del penalti para crear suspense, la finalísima; teatro, melodrama, espectáculo (mediático), la magia, la sacralización (“mano de dios”) y prácticas del culto mundano o sagrado, espiritual, casi religioso, los cantos, el trance, la sublimación, la irracionalidad de dimensiones metafísicas, la ilusión, simulación, la idolatría a los jugadores y entrenadores, pero también racismo y homofobia y, finalmente, el pensamiento de analogía: el microcosmos del estadio, que significa el mundo.²

En esta larga relación de temas sobre fútbol que describe la profesora pueden verse algunos que están presentes en la narrativa de Sacheri. Así, por ejemplo, aquellos que tienen que ver con la nostalgia de la infancia, el inicio de la socialización mediante el fútbol, la lealtad y deslealtad a un club, la importancia de la figura paterna en la iniciación en la afición por el fútbol. Como Eduardo Sacheri toma como eje de sus relatos a personajes populares, como pronto veremos, destacan las historias en torno a los aficionados, tanto a jugar al fútbol con sus amigos, como los que siguen a sus equipos, por ello son pocas las menciones a jugadores famosos, a sus carreras deportivas o a sus

² Sánchez, Yvette: «Nichos deportivos en la literatura», *Boletín Hispánico Helvético*, 33-34 (2019), pp. 173-181, citamos p. 177.

Jon Kortazar

éxitos y a sus fracasos. Tampoco existe una visión general sobre el mercantilismo en el fútbol.

LA VIDA QUE PENSAMOS: CUENTOS DE FÚTBOL. UNA POÉTICA

El autor ha ofrecido un asidero al lector al comenzar la travesía de la lectura de estos cuentos, de manera que no se pierda en las intenciones en este mundo plural de la colección de relatos. Una «Nota del autor» abre el libro y ahí mismo el escritor desarrolla algunos de los límites de su narrativa. La «Nota del autor» se convierte en una autopoética en la que el creador describe sus intenciones y se impone a sí mismo a la hora de relatar las coordenadas de su manera de contar, ahí dibuja las líneas del campo donde sucederán los relatos.

El texto es muy breve apenas dos páginas, por lo que no puede ser más sencillo y diáfano. Tan breve que resulta difícil no citarlo completo, porque no hay casi nada que sobre en su visión personal y social sobre la obra que quiere escribir. Pero contiene tres reglas sobre técnica narrativa que enmarcan las condiciones que el autor se ha exigido para su escritura y serán esas tres condiciones las que subrayemos.

- a) El cuento sobre fútbol aparece siempre como un instrumento para hablar de las cosas importantes de la vida. El tema no se cierra en sí mismo y en sí mismo se basta, se configura como una puerta hacia otro tema de mayor trascendencia:

Creo que todas las historias que contamos buscan acceder, de un modo u otro, a los grandes temas que gobiernan nuestras vidas como seres humanos. El amor, el dolor, la muerte, la amistad, la angustia, la traición, el triunfo, la espera [...] Porque en nuestras vidas esos asuntos no se presentan como abstracciones [...] Se encarnan, viven en el entramado de lo que somos y lo que hacemos.

El fútbol, como parte de esa vida que tenemos, me sirve entonces como una puerta de entrada a esos íntimos en los que se juegan asuntos mucho más definitivos. (p. 10)³

³ Todas las citas se realizan de la edición: Eduardo Sacheri: *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol*. Madrid: Alfaguara, 2014. Para evitar repeticiones fastidiosas, sólo se consignará el número de página.

- b) Los personajes principales de estos cuentos se corresponden con la sociología personal del autor, Eduardo Sacheri, que se traslada sin intermediación a la ficción:

Me gusta contar historias de personas comunes y corrientes. Personas como yo mismo. Personas como las que han poblado siempre mi vida. Gente criada en mis horizontes suburbanos. Ni siquiera sé por qué son ésas las historias que me nace contar. Tal vez, porque me seduce y me emociona lo que hay de excepcional y de sublime en nuestras existencias ordinarias y anónimas.

En esas vidas habita con frecuencia el fútbol. Porque lo jugamos desde chicos. Porque amamos a un club y su camiseta. Porque es una de esas experiencias básicas en las que se funda nuestra niñez y, por lo tanto, lo que somos y seremos. (p. 9)

- c) En definitiva, el fútbol es un territorio de la pasión (tal como en la versión cinematográfica de *El secreto de sus ojos* (2009) le recuerda Pablo Sandoval a Benjamín Expósito), un territorio donde se entrecruzan amor, recuerdo de la infancia, identidad, tristeza y alegría... en definitiva: ¡Vida!

[El fútbol es] Un escenario o un telón de fondo, de las cosas esenciales que señalan y definen todas las vidas. (p. 10)

En los seis párrafos (y uno más de salida) que contiene el prólogo, esta poética del autor configura el tema central del libro como un elemento esencial, sí, pero que servirá para hablar de otros temas que se tienen por más sublimes y más elevados: el amor, la amistad, la fidelidad, la comunicación paterno filial, el amor y la complicidad que es capaz de ocultar pequeños defectos de los demás... y también la muerte.

HISTORIAS DE PERSONAS COMUNES Y CORRIENTES

En esta recopilación de cuentos Eduardo Sacheri se muestra fiel a la norma que definió en su poética y que repetimos aquí, aunque es probable que el lector la tenga presente:

Me gusta contar historias de personas comunes y corrientes. Personas como yo mismo. Personas como las que han poblado siempre mi vida. Gente criada en mis horizontes suburbanos. (p. 9)

En efecto la gran mayoría de los protagonistas de estos cuentos son personas comunes y corrientes. Los futbolistas profesionales son pocos en estas páginas (hablaremos de ellos en párrafos posteriores) que, sin embargo, están pobladas de aficionados al fútbol que acuden a los campos y por aficionados al fútbol que lo practican con sus amigos, por niños que se muestran partidarios de un club por enseñanza de su padre (hay pocas mujeres en estos cuentos, y de eso también hablaremos), o por chavales que juegan en la calle con dos piedras que marcan la portería imaginaria, o adolescentes anónimos que comienzan en el fútbol.

El éxito del popular programa de la televisión española «El día después» (primera etapa 1990-2005), y de su sección más recordada, «Lo que el ojo no ve», se basó en un cambio de la focalización: en vez de ocuparse de las grandes figuras y del terreno de juego, la cámara giró su punto de vista y se fijó en el público que asistía a los campos, en los aficionados, y no tanto en los jugadores que tendrían su espacio en otros medios de comunicación.

Eduardo Sacheri ha trabajado ese registro. Sus narraciones focalizan dos clases de equipos: o son jugadores que juegan con su cuadrilla, con sus amigos, o son chicos que juegan en la calle. Las dos categorías mantienen rasgos estables que configuran su narración.

Las cuadrillas de amigos protagonizan los cuentos «Esperándolo al Tito», «De chilena», «Por Achával nadie daba dos mangos», aunque el cuento derive al género fantástico, y «El apocalipsis según el Chato». Los chicos que juegan en la calle pueblan los relatos «Lo raro empezó después» y «Jugar con una Tango...».

Esos amigos que quedan un día a la semana para jugar un partido son los protagonistas de los cuatro relatos que citamos en primer lugar, aunque en ellos cabe realizar una distinción entre los equipos que van por libre («Esperándolo al Tito», «Por Achával...») o los que se encuadran en paupérrimas ligas populares («De chilena», «El apocalipsis según el Chato»). Los miembros de esos grupos se conocen desde hace un tiempo, desde la infancia, y se dedican al deporte más por pasión que por ganancia y más por afición que por gracia y talento.

En los cuentos un yo narrador, un miembro del equipo, no necesariamente el más importante del grupo, narra una historia de angustia. Recordemos que ese efecto se cita entre los sentimientos nobles de los que puede dar mensaje un cuento de fútbol: “Los grandes temas que gobiernan nuestra vida [...] El

amor, el dolor, la muerte, la amistad, la angustia" (p. 10). Como el narrador de «Esperándolo al Tito», todos estos narradores y grupo de amigos se encuentran en un momento angustioso:

Le di las cifras finales de la estadística actualizada, se puso serio; 22 jugados, 10 ganados, 3 empatados, 9 perdidos. La conclusión era evidente: uno más y el colapso, la vergüenza, el oprobio sin límites de que los muertos esos nos empataran la estadística. (p. 25)

Por eso llama a Tito que juega en Europa, para que les ayude a ganar ese partido crucial. Un Tito que debe engañar a su equipo profesional italiano, llegar a la Argentina a jugar un "desafío de barrio" (p. 15).

Los personajes de «Por Achával nadie daba dos mangos» son también colegiales que deben enfrentarse en un "Desafío Final que armamos contra 5º 1ª en marzo del 86" (p. 147). Unos años antes Achával jugó de portero en ese equipo y había mostrado una ineficacia palmaria. Y ya no lo habían vuelto a llamar. Pero para el desafío final, falta el portero, que hace el servicio militar lejos de la ciudad y tienen que acudir a Achával. En este segundo partido, quien fuera un paquete juega de fábula y esa tarde el portero fue "Poesía. Esa tarde Achával fue poesía" (p. 163) de lo bien que jugó. Y además termina haciendo una parada volando como un ángel. Cuando el partido termina y los compañeros quedan para tomar unas pizzas llega la noticia de que Achával murió esa tarde en el viaje hacia el campo de fútbol. Y en un giro que sitúa el relato en el cuento fantástico intuimos que se produjo un milagro y que un ángel, en efecto, jugó esa tarde de portero por Juan Carlos Achával.

Otro milagro se produce en el cuento «De chilena» que pertenece ya a los relatos en el que el grupo de amigos juega con un cierto orden, en un campo reglamentario, con árbitro y en una liga más o menos organizada. Los personajes se encontraban en un momento "[m]ás especial que nunca. Nosotros, en un derrotero inusitado para nuestras campañas ordinarias, estábamos a un punto del campeonato" (p. 31). Bastaba pues con empatar ese partido contra su eterno rival, el Estudiantil. El narrador rememora ese momento ante su amigo que está a punto de morir en un hospital. El Estudiantil va ganando 1-0 y en los últimos minutos el narrador que jugaba de portero comete un penalti. Su amigo, ahora enfermo, en aquel pasado de amistad y fútbol, le alentó a pararlo, le dio ánimo y vida, en ese momento en que el gol hubiera significado el final del sueño de ser campeones. El portero para el penalti y posteriormente, su amigo,

Jon Kortazar

milagrosamente, se subraya en la narración, metió un gol de chilena y empató el partido. Otro milagro en el campo y milagro en el hospital, puesto que tras ese recuerdo el amigo que iba a morir se recupera al recordar ese momento de genio y de ganas de vida:

Yo lloraba de emoción. Pero no de sorpresa [...] Para ellos este milagro es el primero. Al fin y al cabo ellos no vivieron aquel partido de epopeya. Y no le dieron la vuelta olímpica al Estudiantil en cancha de ellos, con el gol tuyo de chilena. (p. 41)

Y ya que se cita una vuelta olímpica como ganador de un campeonato, en «El Apocalipsis según El Chato» un yo narrador se encuentra también en la tesitura de enfrentarse a una final, pero esta vez, como perdedor. El narrador pertenece al equipo que dirige el Chato, y el objetivo que deben lograr consiste en que, si el equipo rival con quien mantiene una enemistad que se enraíza en la historia gana el campeonato, no dé la vuelta olímpica en su campo.

“A primera vista pudo parecer que el quilombo se armó porque a nosotros no nos gusta que nos den la vuelta olímpica en la jeta” (p. 198). Así comienza el relato. Se trata pues, que el equipo del Alelí, primo del Chato y su rival en el trabajo, en el amor... y en el fútbol no pueda dar la vuelta olímpica, aunque gane el partido. Alelí es el líder del campeonato del Sindicato Postal, cuyo premio final consiste en el dinero que previamente han pagado los participantes que termina en manos del equipo ganador. Es imposible que en esa competición el equipo del narrador pueda impedir la victoria de sus enemigos naturales. Por lo que el Chato, en un plan extremo, loco, insensato, que coincide con otros elementos exagerados y llenos de humor en la narrativa de Eduardo Sacheri, decide hacerse pasar por un visionario religioso que convoca a la hora del partido a un grupo de devotos a los que hace creer que Dios le ha comunicado que debe levantar un templo que santifique la Segunda Venida justo en el círculo central del campo donde se juega el encuentro. El Chato comienza a cavar para levantar el templo que honre la llegada del Señor en ese punto. Entonces el equipo rival, dándose cuenta de que lo que de verdad quiere el Chato es robarles el partido, hacer que se pare e impedirles la vuelta olímpica, comienza una gran pelea en la que intervienen todos los componentes de la escena: los religiosos y los dos equipos, una gran confusión que sólo se detiene con la llegada de la policía, y con la detención del Alelí, y la victoria del Chato en todas

sus rivalidades (fútbol, trabajo, amor). Un final feliz subrayado por el hecho de que en esa nueva temporada (momento desde el que narra el personaje) el equipo anda fino y está a punto de conseguir el campeonato del Sindicato Postal.

Pero el fútbol es también el reino de la infancia. Ya podía verse en la obra de Ramiro Pinilla, el gran novelista vasco, en *Aquella edad inolvidable*, una novela sobre fútbol e infancia, cuyo tema fundamental se sustenta en dos ejes:

Novela sobre la dignidad y sobre la infancia, bastara aquí con recordar las palabras de Pinilla: "Uno de los *leit-motiv* de mi obra es, más que la pérdida de la infancia, la defensa de la infancia. Todavía no he escrito sobre su pérdida". Novela sobre la dignidad humana y la defensa de la infancia.⁴

Los dos relatos que narran los partidos de un grupo de chavales son el conmovedor y bien contado «Lo raro empezó después» y el no tan conseguido, en mi opinión, «Jugar con una Tango». En los dos se plantea una competición entre un grupo de niños y otro grupo de muchachos mayores, y con mayor fuerza bruta, que termina con la victoria última de los primeros.

En la autopoética que encabeza el libro Eduardo Sacheri se refiere a la infancia como el momento en que sucede la unión con el fútbol y con la identidad personal:

En esas vidas habita con frecuencia el fútbol. Porque lo jugamos desde chicos. Porque amamos a un club y a su camiseta. Porque es una de esas experiencias básicas en las que se funda nuestra niñez y, por lo tanto, lo que somos y seremos. (p. 9)

En «Lo raro empezó después» el yo narrador (una estrategia recurrente en Eduardo Sacheri) realiza un flash back (otra técnica que aparece una y otra vez) para contar un desequilibrado partido de fútbol. El narrador pertenece a un grupo de pequeños, 12 años, que juegan en un campito hasta las cuatro de la tarde. En ese momento los mayores, chavales de 15 años, comandados por un abusón Cañito Zalaberry, los expulsan sin decir palabra. Una tarde de noviembre uno de los amigos del narrador, Luli, arma un desafío con los mayores. Si ganan, se quedarán con el campo a partir de las cuatro. Y si pierden deben

⁴ Kortazar, Jon: «*Aquella edad inolvidable*. Fútbol, nación, identidad en Ramiro Pinilla», *Boletín Hispánico Helvético*, 33-34 (2019), pp. 183-204, citamos p. 189.

marcharse de ese terreno de juego. Es una prueba desequilibrada, puesto que los mayores tienen todas las de ganar. El día del partido los contendientes quedan en que el duelo durará hasta que se encienda una bombilla, que suele prenderse cuando anochece. En el partido los pequeños se ponen por delante en el marcador, porque se valen de artimañas poco deportivas, pero ingeniosas: noquear a un delantero, vomitar fideos al jugador más hábil y gambeteador, y porque los grandotes no son tan buenos como parecían. A cambio de ser molidos a patadas, el grupo del narrador va ganado 8-5, cuando los atacados, el delantero y gambeteador, pueden incorporarse al juego de nuevo. Y el partido se pone cuesta arriba. En ese momento, sin embargo, algo sucede, los perros no ladran, el aire se hace más pesado, no se ve tan bien, va anocheciendo con rapidez. Y cuando el cuadro de los mayores se pone 8-7, tiene lugar un eclipse y se enciende la bombilla, señal que da final al partido. Luli que se pasó el partido rezando, afirma que fue un milagro de Dios, mientras el científico del grupo explica qué es un eclipse. Lo raro vino después. Porque el Luli da gracias a Dios a gritos y entonces se oye un trueno que retumba en la voz de Dios y “Cuando desde los cielos se escuchó clarito, clarito, esa especie de trueno que gritó: ‘¡DE NADA!’” (p. 127).

El cuento es un compendio del buen hacer de Eduardo Sacheri, un juego entre inocencia y picaresca, un canto a la amistad en la infancia. Desde luego que en primer lugar se produce la seriedad del juego, que aparece como una apuesta entre el ser y no ser, entre quedarse con el campo o verse excluido del paraíso que supone ese campo, quedar exiliado. David García Cames anota que:

Pablo Nacach quien desde su irrenunciable defensa del fútbol como continuación de la infancia por otros medios, reconoce que ‘la seriedad del juego es inherente a él: vencer es, en este sentido, tanto una muestra de superioridad sobre el rival como una voluntad de dominio’.⁵

En segundo lugar, cuando Eduardo Sacheri se fija en estos compañeros de la niñez, sabe que, como decía Fontanarrosa en frase ya célebre, “El juego es sagrado”, y que en esa condición la infancia se constituye en el elemento primigenio del ser. La infancia aparece descrita como una edad de oro de la identidad personal que está unida a la práctica del fútbol.

⁵ García Cames, David: *La jugada de todos los tiempos. Fútbol, mito y literatura*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, citamos p. 270.

El campo de fútbol o su versión más natural, el potrero, representan:

Esos espacios originales y puros consagrados por el tiempo en los que el juego comenzó a desplegarse. La cancha, el patio, la calle, la playa, el solar, el campito, el potrero, en definitiva, todos aquellos lugares en los que el grupo de amigos dio sus primeras patadas a un balón serán evocados como espacios de libertad en los que la infancia alcanzaba a expresarse en toda su plenitud.⁶

La amistad, que se produce a través del fútbol, constituye uno de los valores más subrayados en esta obra literaria. Pero además de un cierto aire de candor, este cuento rezuma humor, puesto que cabe un juego entre distintos, los mayores y los pequeños, Goliat y David, con un David nuevamente ganador, gracias a sus artes no siempre legales, y un juego entre contrarios: entre el religioso de la cuadrilla que cree que el eclipse es un hecho de Dios y el racional que explica el fenómeno natural desde la Física. Los elementos exagerados del texto, que los hay, están matizadas a través de la preparación del desenlace y de la utilización del punto de vista del narrador que no es consciente de lo que va a suceder ni en el partido (¿cuál será su resultado?), ni en las tretas de sus compañeros. Sí que comenta que era raro ver comer un poco antes del partido a su amigo Gato, pero no le da más importancia. Y en esa nota dejada al pasar, el narrador comienza a dejar pistas sobre lo que puede suceder, a preparar la acción para lo que vendrá después. Aunque el motivo del eclipse es un recurso conocido en la narrativa, en este caso puede aceptarse que el autor proponga una novedad, puesto que comienza precisamente con una alusión a él, con la rareza de la situación que, también es una técnica muy utilizada por Eduardo Sacheri, se explicará a través de un *flash-back*, de una vuelta atrás en la narración, y sobre todo, con esa discusión entre el religioso Luli y el científico, y con ese final en el que se confirma la intervención divina tras el ácido comentario del frío e intelectual Atilio:

—¡Ah, sí!— Atilio no se achica cuando lo apuran con lo de saber cosas—: ¿Y vos te creés que Dios tiene tiempo de gastarse un milagro en un partido de morondanga como éste, sólo porque vos te pusiste a rezar padrenuestros? (p. 126)

⁶ García Cames (2018), *op. cit.*, p. 292.

Y sí resulta que sí, o eso es lo que les parece a los chicos que marchan hacia casa muertos de miedo. No obstante, se explica que la palabra de Dios, se oyó “clarito, clarito” en una especie de trueno.

El desafío entre niños, en este caso más pequeños, de ocho o nueve años, se repite en «Jugar con una Tango...». Este cuento se centra en el balón con el que se juega al fútbol, y la pelota, la Tango de los niños ricos y la número cinco de los protagonistas, muestra la diferencia social. Y también la diferente forma de ser. En este cuento el balón es la metonimia de la identidad de cada grupo y de su manera de jugar: “El balón es así el objeto que materializa el espíritu del juego”⁷.

En este caso un grupo de chavales que son “gente de jugar en el asfalto” (p. 171) se encuentra en la calle con otro grupo de niños a los que reta a un partido. Por cierto, los tres desafíos que se cuentan siguen el mismo patrón en el momento de quedar para ese partido importante. Alguien se va de la boca, y acepta un reto, y el resto de los amigos no tiene más remedio que seguir el camino que se ha aceptado con no demasiada conciencia del lío en que se están metiendo. El reto más violento, por inconsciente, es el de Pipino en «Por Achával...» que por un partido pone en riesgo todo un recorrido de cinco años. Y por eso el grupo está a punto de golpearlo:

Pipino se vino con la novedad del desafío que había pactado, Chirola se lo hizo repetir varias veces, para asegurarse de que había escuchado correctamente. Después tuvimos que agarrarlo entre cuatro porque lo quería moler a golpes. (p. 152)

También es un tanto violento el que acuerda Luli con los mayores de 15 en «Lo raro empezó después» y repite el motivo de que otro compañero lo toma a mal, a pesar de que su propuesta parece más juiciosa teniendo en cuenta que el grupo de Cañito Zalaberry está formado por malos jugadores. Aún así se repite la secuencia narrativa:

Un diplomático el Luli. Lástima que Atilio se le fue encima para asesinarlo, porque tardamos como diez minutos en separarlos del todo. (p. 114)

⁷ García Cames (2018), *op. cit.*, p. 286.

Los protagonistas de «Jugar con una Tango...» saben que se meten en un fregado, pero lo hacen de manera colectiva y así no pueden culpar a una sola persona. En un par de frases, llenas de términos bélicos, Eduardo Sacheri describe cuál es la función del desafío: mostrar nuevamente la identidad entre ellos y nosotros:

Y el desafío habrá partido por fin de uno de los frentes, como una lanza en llamas, clavada ante la tribu rival y belicosa [...] Ellos pusieron una sola condición: ponían la cancha y la pelota. Nosotros, pobres ingenuos, torpes incautos, aceptamos. (p. 170)

Y resulta que el grupo del narrador pertenece a una clase desfavorecida que juega en el asfalto, en la calle con una pelota número cinco y en zapatillas viejas, que sólo servían para ser destruidas jugando al fútbol, mientras que el grupo que encontraron en la calle pertenece a una clase social alta y se muestra en el balón y las botas que utilizan para jugar al fútbol:

La bolsa se inclinó, abrió su boca misteriosa y escupió una pelota Tango. Aquello era demasiado: la cancha de tierra con arcos de madera vaya y pase. Eso de los rivales provistos de botines ya era todo un riesgo. Pero una Tango original [...] eso era inaceptable [...] En nuestro barrio era un objeto desconocido. Y van estos tipos y la sacan de ahí, como si tal cosa, como si fuera algo de todos los días. (pp. 172-173)

El desafío acaba cuando el equipo del narrador decide tirar de ingenio y pegar una gran patada al balón para que caiga en el jardín de una casa en la que es imposible llamar para pedir la pelota porque es la hora de la siesta y el vecino se enfadará si lo llaman. Por ello, tras perder la Tango, el grupo debe jugar con el pobre balón de los amigos del narrador. Así logran ganar el partido, y de nuevo, el otro equipo pide un nuevo partido, una revancha, que esta vez se jugará en su barrio:

La revancha sería en el barrio nuestro. Y de locales, la cosa iba a ser en la calle. Y en la calle con los botines no podés jugar. Aparte, como los palos son dos cascotes, podés discutir cada pelotazo que pase cerca de los arcos [...] Y sobre todo, en la calle la Tango no se usa porque se arruina. (p. 178)

De esta manera el equipo del barrio pobre puede afirmar que ganar un desafío representa “una venganza que se sabe tan justa como inolvidable” (p. 175).

En todos ellos, en los seis relatos, la angustia que produce asistir a un partido transcendental se ve subrayada por el hecho dramático de pertenencia a un grupo social y personal que se enfrenta a otro grupo social, a otro tipo de personas, de manera que pertenecer a un equipo significa mantener una identidad que se enfrenta a otra identidad.

En «Esperándolo al Tito» la identidad se marca por medio de la geografía. Un equipo es de un barrio (de la Textil) y el otro, el del narrador, de la Placita. Y el desafío comienza cuando los protagonistas tienen diez años y se desarrolla a través del tiempo hasta el momento de la narración en el que los protagonistas han jugado ya durante 22 años seguidos. En «Por Achával...» la identidad se muestra a través de la pertenencia a una clase, 5º 2ª, en un colegio. La identidad está marcada en la narración, porque a los de 5º 1ª se les llama “archienemigos”, pero sobre todo porque los jugadores que pertenecen al grupo del narrador tienen nombre, todos son nombrados (Achával el primero, Pipino, Chirola, Agustín, Matute, Beto, Rubén, Cachito), mientras que apenas conocemos el nombre de alguno de los que pertenecen a la clase rival.

En el resto de los cuentos la identidad y la rivalidad se hace más dura cada vez. El cuento «De chilena» lo dice claramente:

La pica con el Estudiantil era uno de esos nudos de la historia que, para que cuando uno nace, ya están anudados. Lo único que le cabe al recién venido al mundo, si nació en el barrio es tomar partido. Con el Estudiantil o con el Belgrano. Sin medias tintas. Sin chance alguna de escapar a la disyuntiva. De ahí para adelante el destino está sellado. La línea divisoria no puede ser traspuesta. (p. 31)

La diferencia identitaria y el maniqueísmo están presentes en «El Apocalipsis según el Chato» donde la diferencia entre los dos primos, Chato y Alelí, se va marcando en círculos concéntricos: son rivales en el trabajo, en el amor por una mujer, y en el fútbol. Y cada uno de ellos lleva consigo a su equipo de amigos y compañeros. Según el narrador:

Ya dije que se han pasado la existencia odiándose con una entrega sin fisuras. Y no se han fajado más porque siempre vivieron relativamente lejos uno del otro. Alelí es de la Merced, y nosotros con el Chato

somos de La Blanquita, y para el que no conoce la zona hay que aclarar que entre los dos barrios hay como treinta cuerdas y son de tierra. (p. 199)

Ansiedad y sentido de pertenencia son las dos características sobre las que se construyen los personajes de estos cuentos de amigos aficionados al fútbol, que, como se ve, se encuentran en una doble tesitura de mostrar una identidad propia, tejida en torno a la amistad que dura durante años, y deben pasar una prueba, que se concreta en este caso en ganar un partido o impedir una victoria. Son dos temas importantes en la narrativa de Eduardo Sacheri: la fidelidad a unos colores y el éxito en una prueba, temas que trataremos enseguida.

LOS JUGADORES PROFESIONALES

Si los jugadores que juegan por placer y gusto ocupan un lugar importante como protagonistas de los cuentos de Eduardo Sacheri en *La vida que pensamos: Cuentos de fútbol*, no sucede lo mismo con los jugadores profesionales. Sí que están presentes, pero su presencia es menor. Sólo hay dos piezas dedicadas a dos de ellos, a Diego Armando Maradona y a José Óscar Pastoriza. Curiosamente son dos segmentos poco narrativos y es difícil decir que esas dos aproximaciones sean relatos, textos narrativos. Tienen más de evocación y de elogio, de dibujo de un momento. De hecho, de uno de ellos, de «Me van a tener que disculpar», puede decirse que es una “disertación” en una primera parte extensa del texto y no narración

Es bien cierto que en «Me van a tener que disculpar» se retrata una acción, los dos goles de Maradona a la selección de Inglaterra en los cuartos de final de la Copa del Mundo de México el 22 de junio de 1986. Los dos goles fueron distintos: el primero lo marcó con la “mano de Dios” y el segundo partiendo desde su propio campo, driblando a seis jugadores ingleses y al portero. El yo narrativo en este caso se dirige a unos narrarios muy presentes (“ustedes me van a tener que disculpar”), lo que define ya el discurso como unas frases dirigidas a unos oyentes y no como una elocución plenamente narrativa. ¿Qué es lo que se debe perdonar? Que un hombre cabal, que siempre juzga a las personas con ecuanimidad y ética, no es capaz de hacer lo mismo con Maradona, porque:

Jon Kortazar

Pero ojo, que esta tarde es distinta. No es un partido. Mejor dicho: no es sólo un partido. Hay algo más. Hay mucha rabia, mucha frustración, acumulada en esos tipos que miran la tele. Sin emociones que no nacieron por el fútbol. Nacieron en otro lado. En un sitio mucho más terrible, mucho más hostil, mucho más irrevocable. (p. 55)

Y aquí Sacheri se refiere a todo lo que se jugaba en ese partido, que no era sólo fútbol, a su componente político y a su dimensión identitaria nacional, a una Argentina que ganaba a Inglaterra que la había humillado en la Guerra de las Malvinas (1982). En palabras de Alfredo Relaño, en ese partido se jugaban cuestiones como:

El recuerdo de la Guerra de las Malvinas. Un conflicto Norte-Sur. Un conflicto Imperio-Nación. También un conflicto Democracia-Dictadura. Una cuestión enrevesada.⁸

Por ello Sacheri acaba con la conclusión:

Es fútbol, pero es mucho más que fútbol. Porque cuatro años es muy poco tiempo como para que te amaine el dolor y se te apacigüe la rabia. Por eso no es sólo fútbol. (p. 55)

Y así el hombre cabal rompe su regla de oro con Maradona, y no puede juzgarlo de manera equilibrada por lo que hizo en ese partido, y eso a pesar de los más que evidentes defectos de astro futbolista.

Bien es cierto que es uno de los pocos momentos en que Sacheri identifica el fútbol con una dimensión nacional y política, que suele estar presente en otros autores que escriben sobre fútbol. Pero es verdad que en estos cuentos no aparecen las selecciones. En el libro se publica otro relato sobre la selección uruguaya, pero tampoco en él se subraya el componente nacional. Para Sacheri el fútbol aparece en la vida afectiva y pasional de las personas y no en el plano ideológico y de identidad nacional. Como hemos visto, las fidelidades identitarias son más personales, unidas al grupo de amigos y a la diferencia con un *otro* que se mueve en un nivel de vivencia personal y real, y no ideológico.

⁸ Relaño, Alfredo: *Tantos Mundiales, tantas historias*. Barcelona: Córner, 2014, p. 287.

De hecho, el narrador-disertador de «Me van a tener que disculpar» lo dice claramente:

Y aunque yo sea de aquellos a quienes les desagrada la mezcla de la nación con el deporte, en este caso acepto todos los riesgos y las potenciales sanciones. (54)

Distinto es el tono, de respeto y mesurado, que se utiliza en «Señor Pastoriza» comenzando por el tratamiento de Señor que se introduce ya en el título de esta evocación de una persona recta y respetada en tanto no se ocultan los defectos de Maradona. El recuerdo comienza como una elegía a la muerte de Pastoriza: “Cuando me enteré, casi no pude decir palabra sobre su muerte, señor Pastoriza” (217). De él se recuerda su actitud deportiva en un partido crucial de Independiente contra Talleres Córdoba, en el que el árbitro concedió un gol, al parecer con la mano, de Ángel Bocanelli del Córdoba y a resultas de las protestas posteriores de los jugadores de Independiente expulsó a tres de ellos que se jugaban en enero de 1978 el Campeonato Nacional en campo contrario. Cuando se quedaron con ocho jugadores y el equipo quiso retirarse y no seguir jugando, Pastoriza se acercó y les dijo que siguieran:

Pero estaba usted, señor Pastoriza. Usted estaba y los detuvo. Los detuvo y los hizo volver. Los hizo volver y les dijo: “Jueguen”. Les dijo “jueguen” y ellos le hicieron caso, señor Pastoriza. (p. 218)

Pastoriza representa en este cuento al entrenador sabio que sabe del juego y del mundo: “Dueño de un conocimiento secreto sobre los entresijos del juego, taumaturgo de la táctica y de los movimientos sobre el césped”⁹, en este caso Pastoriza significa la razón y la sensatez frente a las injusticias, el recto saber y, en cierto sentido, el que sabe que deben seguirse las reglas de la deportividad.

El narrador sitúa esa fecha en su biografía personal y confiesa que esa noche él nada supo, porque le habían enviado a casa de unos familiares para ocultarle el cáncer de su padre que se estaba muriendo: “Yo tenía diez años y no podía decirme que se estaba muriendo”. Y el padre que se muere enseña a su hijo todas las fotos de la hazaña del empate a 2 de Bochini que le dio el campeonato a Independiente. De forma que el acto de

⁹ García Cames (2018), *op. cit.*, p. 186.

pedir seguir jugando se convierte en un acto de hermanamiento entre el equipo de fútbol, Pastoriza, y el padre del autor/narrador que escribe esa carta emocionada, a la persona que hizo que hijo y padre dieran una vuelta olímpica, una vuelta al campo, en torno a la mesa del comedor de su casa.

Esa declaración de agradecimiento tiene algo de excepcional, puesto que, como defendemos, no es un relato en sí mismo, pero se hermana con otros cuentos sobre la relación padre-hijo y su afición por el fútbol y con algunos relatos en el que la narración futbolística discurre paralela a otra narración, sólo que en este caso no se imbrican narración real con fábula ficcional, sino que la muerte de Pastoriza trae consigo el recuerdo del último momento de alegría del padre antes de su muerte.

«Señor Pastoriza» contrasta con «Me van a tener que disculpar» en el distinto resultado de la memoria. En el caso de Maradona, el narrador entiende que la memoria debe ser consciente de la vulgaridad de la persona:

Ya que el tiempo cometió la estupidez de seguir transcurriendo, ya que optó por acumular un montón de presentes vulgares encima de ese presente perfecto, al menos yo debo tener la honestidad de recordarlo.
(p. 58)

En el caso de Pastoriza, en cambio, la memoria se mantiene duradera e inalterable, en una frase en la que deben subrayarse palabras como “perpetua” y “siempre”: “Será más bien que Independiente es un puente que perpetuamente me conduce hacia mi viejo. Y bueno. Usted estuvo siempre parado en ese puente” (221).

Los profesionales de ficción aparecen en dos cuentos: «Esperándolo a Tito», del que ya hemos hablado, y de manera más elaborada y rica en «Los traidores», aunque aquí los clubs que se citan no son de primera división. En este cuento se muestra una doble traición, la del narrador, Nicanor, seguidor del Morón, habla con un personaje más joven y le cuenta su historia, y la del jugador Gatorra, que por dinero abandonó el club en el que creció, el Morón, y tras una temporada de triunfo en que dejó al equipo a tres puntos del ascenso, fichó por el equipo rival, el Chicago. Y resulta que Gatorra en el primer encuentro en que se enfrentan los dos equipos mete tres goles y el último de tacón junto a la línea de gol, mientras mira con suficiencia a la tribuna de los hinchas a quienes traicionó. Parece que la historia remite al gol de Roberto Leiga al Chicago donde había crecido y desde donde pasó al Morón, en el primer encuentro

en que se enfrentó a su equipo el 2 de mayo de 1998, de manera que en la realidad el suceso tuvo lugar de forma inversa¹⁰. Eso sí, Leiga no celebró el gol que marcó a su antiguo equipo.

Este jugador profesional de ficción crea un paralelismo con el otro traidor, con el narrador Nicanor, que debe abandonar su afición por el Morón por amor a una mujer cuya familia sigue al Chicago. Nicanor se muestra como un personaje que traiciona su fidelidad por el club. Por ello trataremos su actitud en el apartado dedicado a las traiciones a la afición.

LA LEALTAD A UN EQUIPO

Uno de los valores más subrayados en este libro, probablemente por razones autobiográficas, consiste en la fidelidad a los colores de un equipo, de lo que eso significa de identidad personal y social, fidelidad que nace en la infancia y se mantiene en el tiempo, a pesar de que ese equipo no consiga grandes victorias (confesemos que la victoria es un banderín de enganche para los nuevos aficionados al fútbol). Pero ahí queda la fidelidad como una confesión de integridad personal.

Copio aquí el diálogo de la película *El secreto de sus ojos* (2009) donde se define la pasión y la fidelidad por un equipo, a pesar de que no haya ganado un campeonato desde hace tiempo:

- Escribano, ¿Qué es Racing para usted?
- ¡Una pasión!
- Aunque hace nueve años que no sale campeón...
- ¡Una pasión es una pasión!

De paso, habría que citar que Eduardo Sacheri¹¹ ha explicado más de una vez por qué hizo que el asesino de esa ficción fuera seguidor del Racing Club de Avellaneda, rival del Club Atlético Independiente, del que es admirador el escritor.

¹⁰ Cordara, Julio: «El gol menos querido», 2010, <http://chicagototal.blogspot.com/2010/08/el-gol-menos-querido.html>.

¹¹ Sacheri, Eduardo: «Sacheri explica por qué eligieron a Racing para *El secreto de sus ojos*», https://www.youtube.com/watch?v=rMln_KhB_TBo&ab_channel=FW; y «Eduardo Sacheri explicó por qué el asesino de *El secreto de sus ojos* es de Racing», 2020, https://www.youtube.com/watch?v=xQoXr_toahk&ab_channel=eltrece.

Muchos de los cuentos de esta colección hablan de la pasión que se vive por el fútbol. El seguidor, el hincha es uno de los grandes protagonistas de estas historias de juego y de verdad. Comencemos por los dos más extremos. Dos cuentos que narran la locura por el fútbol, a la vez que enfatizan la importancia de la amistad.

DOS CUENTOS DE SUPERACIÓN DE PRUEBAS

Los cuentos de Eduardo Sacheri mantienen, en general, dos características que pueden anotarse sin mucha dificultad. Una radica en la propensión a lo oral, tanto en la utilización de frases populares, como en el uso de modismos; otra puede definirse como la mezcla de géneros: el cuento sobre fútbol se asemeja a otro género literario, como la narración sentimental, o a la picaresca, o la ficción fantástica... En el caso de los dos textos que vamos a analizar ese acercamiento se produce a la literatura oral y popular. Tanto «El golpe del Hormiga» como «La promesa» son relatos que se estructuran en torno a dos ejes: en primer lugar, la sorpresa final, hasta la última línea no se explica qué es lo que buscan los protagonistas; en segundo lugar, la narración siguiendo el esquema de la solución de problemas y de la resolución de pruebas.

«El golpe del Hormiga» relata un muy especial “atracó”: un grupo de “desquiciados” (70), ocho amigos, se conjuran, bajo el mando del Hormiga, para entrar en un supermercado, en el que el protagonista trabaja como vigilante durante dos años a fin de estudiar las posibilidades del golpe y, tras levantar el hormigón del suelo, recoger un poco de tierra. El final aclara que esos ocho amigos son seguidores de San Lorenzo, pero para un lector —como es el caso— lejano a los entresijos de la historia del fútbol de Argentina el pasaje es oscuro, y no queda claro cuál es el objetivo final de esa incursión.

El cuento va dejando pistas aquí y allá, pero son poco claras. Los ocho amigos se encuentran en “un aguadero de película mala, y ellos, una banda de chorros planeando el asalto del siglo” (p. 71). El Hormiga, que lleva la voz cantante, ha trabajado dos años como vigilante en un lugar que no se nombra a pesar de que pudo haber encontrado trabajos mejores y mejor pagados. Pero trabajó dos años, sólo “para eso”, para dar ese golpe, y en ese tiempo: “soñó, calculó, laburó, investigó, planeó y preparó” (p. 76) ese atraco. En ese tiempo estudió la localización de las cámaras, los horarios de los vigilantes, los movimientos que deben darse para llegar al objetivo. El sitio no se

define, pero se dice que al llegar al final de una repisa: “van a sentir olor a jabón en polvo” (p. 79) o que “armaron una isla en el medio con una oferta de papel higiénico” (p. 79) o que hay una “góndola de fideos” (p. 83) o una línea de cajas (p. 81). Son pocos datos para pensar que se trate de un supermercado. Y además, el narrador comenta sobre Bogado, un amigo del Hormiga, que nunca volvió a ir a ese sitio, que le dolía el alma volver a él:

Como si una llamarada súbita lo hubiera incinerado en el fuego de la revelación, toma conciencia del sitio en que se encuentra. No ha vuelto ahí en todos esos años, tan grandes son el dolor y la nostalgia. Otros sí han vuelto, se lo han dicho. Pero él nunca fue capaz. No ha querido siquiera pasar por la calle ni por el barrio. (p. 80)

Es la fuerza de la nostalgia la que imprime un tono especial a todo el relato.

Pero resulta probable que el lector no pueda comprender el texto si no conoce la historia del equipo San Lorenzo. Entre 1916 y 1979 el club tuvo un estadio, llamado El Gasómetro en la Avenida de La Plata, que debió enajenar en duras condiciones económicas. En su lugar se construyó un supermercado Carrefour:

La difícil situación económica que atravesaba el club, ignorado por la dictadura que benefició a otros clubes, concluyó con el remate de 7760 metros cuadrados del predio de Avenida La Plata debido al juicio que existía con la empresa Altgelt y cia SRL, por incumplimiento de pago de la construcción del complejo natatorio en el predio del Bajo Flores. Es así como San Lorenzo pierde el Viejo Gasómetro, presionado por la entonces Intendencia de la ciudad de Buenos Aires, a cargo del gobierno de facto liderado por el autoproclamado Proceso de Reorganización Nacional, dio el pretexto de lanzar un plan de urbanización sobre los terrenos de dicho estadio que jamás se realizó. Tales terrenos serían finalmente vendidos a la cadena francesa de supermercados Carrefour, cuya representante legal en Argentina era la hija del general del proceso López Aufranc, a tres veces lo pagado al club de Boedo.¹²

Tras la venta el club transitó durante cinco años por distintos estadios de Buenos Aires, jugando en ellos como “local”,

¹² «Club Atlético San Lorenzo de Almagro», https://es.wikipedia.org/wiki/Club_Atl%C3%A9tico_San_Lorenzo_de_Almagro.

Jon Kortazar

hasta que se construyó un nuevo estadio en 1993 que se llama Pedro Bidegain de manera oficial y Nuevo Gasómetro en forma popular.

La aclaración del cuento puede encontrarse en las informaciones en torno al cuento que ofrece la periodista Miranda Cerdá:

En un cuento llamado «*El golpe del Hormiga*», dedicado a la memoria de Osvaldo Soriano, el escritor Eduardo Sacheri inmortalizó a un grupo de amigos, fanáticos de San Lorenzo, que a modo de “golpe”, se infiltraron en el Carrefour de Avenida La Plata durante una madrugada del año '94. El objetivo de aquella hazaña era sustraer algunos puñados de “tierra santa”, removiendo unas baldosas del hipermercado y cavando con herramientas varias, y depositarlo en el Pedro Bidegain.¹³

Esta aclaración da luz al significado del cuento. El Hormiga y sus compañeros deben pasar varias pruebas, esconderse, repatar sin que les vean los guardias, no hacer ruido, hacerlo cuando no vaya a oírse por el alboroto que levantan las pulidoras del hall central, que tapa el que realizan ellos para levantar el suelo y conseguir un poco de tierra. En el momento en que extraen esa tierra, Sacheri evoca ritos y actitudes religiosas:

Ocho pares de ojos se clavan en su puño. Tiene la piel arañada, las uñas rotas, el anillo de casamiento opaco y cruzado de raspones. Y bien aferrado, como si fuera de cuento, un puñado de tierra negra que asoma entre sus dedos crispados [...]. Se hinca con la dignidad de un sacerdote egipcio [...] mientras recoge trocitos del tesoro en un frasco de vidrio. (pp. 82-83)

«El golpe del Hormiga» subraya la identificación del aficionado con el estadio y de éste como lugar sagrado. No en vano, San Mamés del Athletic Club es La Catedral, volviendo sagrado lo deportivo. David García Cames describe de esta manera la vinculación entre aficionado y estadio que en este cuento adquiere la máxima expresión:

El estadio de fútbol aparece a nuestros ojos dotado de todas las propiedades de un templo que reúne la devoción religiosa y el espectáculo

¹³ Cerdá, Miranda: «¡Veinte años, carajo!»: la historia de un cuento sobre el sentido de pertenencia», 2020, <https://www.sanlorenzoprimerocom.ar/noticias/veinte-anos-carajo-la-historia-de-un-cuento-sobre-el-sentido-de-pertenencia>.

de masas [...]. El fútbol adquiere en los grandes estadios su expresión plena como ceremonia que lleva hasta sus últimas consecuencias el carácter sagrado del juego.¹⁴

Y más en este caso en que se sacraliza de nuevo un lugar perdido y convertido en Carrefour posmoderno, en mercado, allá donde tenía lugar el juego sagrado.

Pero lo cierto es que el cuento mantiene un segundo nivel de lectura. Los ocho amigos llevan a cabo el asalto y consiguen la tierra. Pero el Hormiga tiene un plan y por eso lleva los dos años maquinando el asalto. En este punto el cuento gira hacia los relatos maravillosos. El Hormiga está convencido que si consiguen la tierra romperán la racha de veinte años que lleva San Lorenzo sin ganar un campeonato. Es decir, la tierra que ellos consigan hará que San Lorenzo gane un torneo. Ya Miranda Cerdá apunta que el fin último se define “para romper con la malaria futbolística de 20 años sin títulos”¹⁵.

La referencia a los veinte años (que tampoco termina de explicarse en el relato) aparece dos veces en el texto. De hecho, comienza con esa palabra:

—¡Veinte años, carajo! ¡Veinte años! ¿Qué me decís a eso? ¿Querés que me quede así, sin hacer nada? (p. 70)

Más tarde se define que los veinte años transcurren entre 1974 y 1994:

Y parece como si el Hormiga supiese que Bogado está a punto de derrumbarse, porque con uno de los marcadores que estuvo usando para las cruces y para las flechas escribe 1974-1994; esos ocho números a Bogado se le clavan en las entrañas. (p. 75)

Para entender bien el cuento hay que saber que son los veinte años en que San Lorenzo estuvo sin ganar un título:

Sin mencionarlo, la historia que inmortalizó el puño de Sacheri en su libro “Lo raro empezó después” habla de los 20 años que hasta 1994 San Lorenzo llevaba sin ganar títulos.¹⁶

¹⁴ García Cames (2018), *op. cit.*, p. 343.

¹⁵ Cerdá (2020), *op. cit.*

¹⁶ *Ibid.*

Jon Kortazar

La clave del cuento se funda en la elisión. Sí. Pero resulta oscura para quien no conozca la historia de San Lorenzo, puesto que el autor lo oculta “sin mencionarlo”.

Pero, en cualquier caso, lo que estos personajes que roban la tierra en 1994 no pueden saber es que en 1995 fueran a ganar un campeonato:

El 25 de junio de 1995, en Rosario, San Lorenzo se coronó campeón del Torneo Clausura y rompió con una racha de 21 años sin títulos. Durante ese tiempo, el Ciclón no sólo no pudo consagrarse en Primera División, sino que le vendieron la cancha y descendió a la segunda categoría del fútbol argentino.¹⁷

Y mucho menos pueden pretender saber que se lograría un campeonato en 1995, año en el que el Hormiga aceptó el trabajo de vigilante para poder planificar el golpe. Es el autor, Eduardo Sacheri, y no sus personajes, quien sabe que la magia, el traslado de la tierra del viejo al nuevo estadio, tendrá su efecto; que el hecho de robar un poco de tierra del viejo estadio traerá consecuencias importantes en la historia del club. Es Sacheri, que escribe y publica el cuento cuando ya han sucedido los hechos, es el autor quien sabe que con el robo de la tierra terminarán veinte años de sequía. Los personajes no pueden saberlo. De hecho el relato se publicó en 2007, muy lejos de 1995, con los hechos que se narran ya en la historia del club.

El artículo de Miranda Cerdá aclara también el motivo que tuvo Sacheri para escribirlo: hacer una loa al sentido de pertenencia a un club, describir el sentido de identidad colectiva que crean los clubs de fútbol:

‘Siempre me interesaron los rasgos de identificación de las distintas hinchadas con algunos símbolos propios, y siempre me gustó mucho cómo los hinchas de San Lorenzo defienden su pertenencia al Viejo Gasómetro. Esa admiración que me genera esa actitud de la gente de San Lorenzo fue lo que me entusiasmó, y en algún momento se me ocurrió esto de un grupo de locos sacando tierra debajo del supermercado’, dijo Sacheri en diálogo con *San Lorenzo Primero*. Reflejar con tanta claridad un sentido de pertenencia tan sentido —valga la redundancia— por los hinchas del Ciclón, no es tarea sencilla para quienes no han vivi-

¹⁷ *Ibid.*

do en carne propia la vulgar venta de los terrenos en Avenida La Plata durante la última dictadura cívico-eclesiástico-militar.¹⁸

Cabe destacar en esta observación algo que ya hemos visto declarar a Sacheri, aunque sólo fuera por boca de un personaje. A él no le importa la identificación del fútbol y el deporte con la nación, cosa que sucede cada poco tiempo. A él le interesan los rasgos de identificación personal: los grupos de amigos que juegan un fin de semana, las cuadrillas de chavales que juegan con sus compañeros, esas identidades que se forjan en la niñez, en la juventud y que son personales y colectivas, pero no nacionales. Los “rasgos de identificación” de los que habla en esa entrevista componen los rasgos de muchos de los narradores y protagonistas de estos cuentos de “personas comunes y corrientes”.

Queda un punto por aclarar, o interpretar. El cuento está dedicado a Osvaldo Soriano (1943-1997). En la pequeña intertextualidad que aparece en el libro sólo puede anotarse una mención a Roberto Fontanarrosa (1944-2007) y a su cuento sobre el viejo Casale en «La vida que pensamos» y ésta, que el autor explica en la entrevista que comentamos.

Habría que añadir que Sacheri declara que sus cuentos comienzan con una imagen que luego trata de explicar. Lo anota como un comienzo del proceso de escritura en «Un viejo se pone de pie»: “Como casi todas las historias [ésta] nace a partir de una única imagen cargada de sentido” (p. 179).

En el caso de «El golpe del Hormiga» la imagen fue recordar a Osvaldo Soriano y a Nene Sanfilippo (1969-), conocido jugador del San Lorenzo y máximo goleador histórico del club, recordando en medio del Carrefour en qué lugar fue donde metió un gol a Boca. Así lo expresa el escritor:

‘Recuerdo un cuento breve de Soriano que habla de un encuentro con Sanfilippo en el Carrefour de Avenida La Plata, donde el Nene le cuenta un gol en medio del supermercado, como intentando los dos recordar dónde estaba cada cosa del Viejo Gasómetro. Esa fue la motivación para escribir el mío’, expresa sobre la carta que Soriano le escribe a Eduardo Galeano, y que fue incluida a modo de relato en “El fútbol a sol y sombra”.¹⁹

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

Sacheri confiesa que la devoción de la hinchada del San Lorenzo por tener un estadio y volver al barrio donde nació, Boedo, es un rasgo que admira, y que “Yo creo que aunque amemos a clubes distintos, los amamos de modos parecidos”, resume Sacheri cuando le preguntan cómo pudo ocurrírsele semejante idea²⁰.

«La promesa», en cambio, no posee tanto sustrato histórico. Es una historia de la afición al fútbol y un equipo llevada hasta el final. Y el narrador no cuenta hasta la última línea del relato cuál es esa promesa que el protagonista le ha hecho a un “tú” al que habla. Sabemos que la promesa que ha contraído resulta poco habitual y tan extraña que no se lo dice a su mujer, y que ha enredado a un par de amigos. El narrador, Ernesto, se despide de su esposa comentándole que va al estadio, pero sin decirle para qué. Llega a casa de su amigo Beto que prepara dos bolsas, cuyo contenido desconocemos. Toman el tren y al llegar les espera el Gordo, el tercero del grupo y se dirigen a la casa de Rita, donde también les aguarda Luisito, ya preparado para salir para el campo. En un aparte, Rita comenta la rareza de la promesa: “La verdad es que mucho no lo entiendo, Ernesto. Pero bueno, si te lo pidió habrá sido por algo” (p. 86). Salen los tres amigos con el niño y toman el autobús hasta el estadio.

Aquí comienzan las pruebas que deben superar. La primera consiste en sortear los controles de la policía y pasar las bolsas que llevan con ellos. Ernesto da una de las bolsas a Luisito a quien una mujer policía hace un examen muy superficial y le deja pasar con la bolsa:

Entramos a la cancha y me fui derecho adonde me pediste: contra el alambrado, debajo del acceso tres, a mitad de camino entre el medio-campo y el área. Un lugar de mierda, bah! [...] Pero al mismo tiempo es un lugar histórico: el único sitio que supimos conseguir aquella tarde gloriosa en que salimos campeones por primera (y hasta ahora única) vez. (p. 88)

En ese lugar los tres amigos y el niño hacen tiempo mientras se juega el partido previo. Pero se vislumbra cuál va a ser la segunda prueba que deberán superar: subirse al alambrado, que está ahora más alto que aquella vez histórica, y que tiene un alambre de púas en lo alto, además son más viejos para hacer el caballito, subirse uno encima del otro (p. 91). Pero en el mo-

²⁰ *Ibid.*

mento en que salen los jugadores, el Gordo se pone junto a la alambrada; Beto trepa sobre él no sin dificultad, y sobre él sube Ernesto, que lleva la bolsa entre los dientes. Cuando llega al alto, abre la bolsa, busca una cajita, y recuerda a su amigo al que habla y siente que todo adquiere un sentido:

Entiendo todo, porque ahora se me borra el dolor de tu ausencia, o mejor dicho, ahora te encuentro, y me parece que todo se cierra [...] que te enfermaste y que me pediste y que te prometí solamente para esto, para que yo me estire y me agarre del alambre de púas y con la mano libre abra la bolsa y hurgue en el fondo y encuentre bien guardada la cajita [...] para que la abra [...] para que entienda al fin que allí te vas y te quedás para siempre, en ese grito tenaz, en ese amor inexplicable, en las camisetas que empiezan a asomar desde el túnel, y en ese vuelo último y triunfal de tus cenizas. (p. 94)

La promesa que había hecho Ernesto a su amigo muerto, al que dirige su parlamento, consiste en esparcir sus cenizas en medio del campo del equipo del que son seguidores.

Como cuento que cuenta una promesa, este relato enlaza con «Los traidores», sin embargo, en este caso el amor por los colores se define extremo, y en la exageración del deseo, que alguna vez se ha cumplido en la realidad, se subraya la identidad de la amistad entre los cuatro personajes, a quienes se les ha sumado ya el hijo, Luisito, de la persona que ha fallecido. «La promesa» define un concepto extremo de amor por un equipo que a los demás les parece raro (lo vimos en las palabras de la viuda) o extraño, incluso para Ernesto que debe cumplir la promesa hecha al amigo muerto.

Y también en este caso el estadio se convierte en lugar sagrado donde reposa el amigo muerto, que quiere seguir siendo identificado, aún después de muerto, como integrante de una colectividad. Y Sacheri no es el único ejemplo de la escritura del tema de la exhumación. Ese argumento está presente en Fontanarrosa («Cenizas»), o en el escritor vasco Harkaitz Cano.

LEALTAD AUTOBIOGRÁFICA

Resulta conocido para cualquier lector curioso que Eduardo Sacheri es fiel seguidor del Club Atlético Independiente de Avellaneda y se sabe también que esa devoción fue fundamen-

tal para hacer que el asesino de la novela *El Secreto de sus ojos* fuera hincha de Racing de Avellaneda²¹. En la colección hay varios cuentos, casi todos adheridos a la figura de su padre cuya unión comentaremos más tarde en este artículo, donde el autor confiesa su fidelidad a Independiente de manera clara o sutilmente autobiográfica.

La caracterización autobiográfica estaba presente en «Señor Pastoriza» donde el autor destacaba claramente que en el momento en que Independiente consiguió en enero de 1978 el Campeonato Nacional de 1977 él tenía 10 años, dato que es cierto atendiendo a su biografía.

En «Señor Pastoriza» convergen tres temas que vamos a tratar separadamente en distintos apartados. Ya lo vimos como jugador profesional, y en la convergencia entre el momento de su muerte y el recuerdo de la muerte del padre. Ahora focalizaremos la vertiente autobiográfica del relato-carta. Y más tarde veremos cómo funciona ahí la figura del padre como iniciador de la afición del niño por la lealtad a un club: el Independiente.

Ya relatamos cuáles fueron las circunstancias bajo las que el niño Sacheri vivió aquel día: su padre se muere y a él le envían a casa de unos familiares en Villa Gesell, a veranear. El niño no se da cuenta de que en realidad lo están llevando lejos de su casa, para que no se dé cuenta de la enfermedad de su padre:

Me habían enviado a Villa Gesell, junto con mi hermana, a veranear con unos tíos. Esas cosas que pasan y que cuando uno es chico no se da cuenta de que lo están engatusando [...] Pero a los diez años a veces uno se distrae y pierde las marcas. (p. 218)

Tras el viaje, el padre lo está esperando con todos los diarios que dan cuenta de la hazaña de Independiente, que fue de empatar el partido contra Talleres de Córdoba que les dio el Campeonato. Y así padre e hijo, gracias a Pastoriza, pueden contemplar los diarios que el padre guardó con ilusión para poder volver a recordar la hazaña de la noche de enero. Y sobre todo, el autor y narrador se acuerda de Pastoriza porque gracias a ese partido:

Me dio la oportunidad de dar la última vuelta olímpica con mi viejo sobre la mesa del comedor, mientras él le hacía las últimas gambetas a la muerte. (p. 221)

²¹ Sacheri (on line y 2020), *op. cit.*

La figura del padre como guía en la primera afición del niño es un motivo que se repite en muchas de las narraciones sobre el fútbol. Así se hermanan padre e hijo en la fidelidad a Independiente, fidelidad que tiene su expresión más precisa en el texto «Independiente, mi viejo y yo». Pero si la lealtad a un club es patente en este relato, habría que observar que la vertiente autobiográfica se ha debilitado y en este cuento la ficción tiene mayor presencia de manera que el cuento se convierte en una ficción autobiográfica. Es probable incluso que el yo que narra, un niño de cinco años, no sea del todo el autor, pero sí, ¡claro!, un trasunto del mismo.

La historia cuenta la noche de un partido importante de Independiente contra un equipo brasileño en la Final de una Copa de Libertadores. Pero el niño de cinco años reconoce que la carne es débil y no es capaz de mantenerse despierto mientras se disputa el partido. A la mañana siguiente pregunta a su padre por el resultado, y ¡sí!, Independiente ha superado la diferencia de goles y ha ganado el Campeonato: es Campeón de América. Y puede decirlo en el Jardín de Infancia. Como veremos se trata en realidad de una semifinal y no de una Final propiamente dicha, aunque el cuento lo exprese con claridad: “Que habíamos salido campeones de nuevo y que no me olvidara en el jardín [de infancia] de decirle a todo el mundo que Independiente había vuelto a salir campeón de América” (p. 145). Por razones de eficacia narrativa se ha convertido lo que fue una semifinal en una Final de Campeonato.

Desde luego, el final del relato con toda la referencia a la muerte del padre hace interpretar el sentido autobiográfico. Pero hay otros elementos que subrayan el elemento ficcional del relato. Así, por ejemplo, no hay alusiones a los hermanos y hermanas, presentes en otros cuentos autobiográficos del autor como acabamos de ver en «Señor Pastoriza» y como veremos en «Feliz cumpleaños».

Según la cronología, y si defendemos que es autobiográfico, el cuento se sitúa en 1972 (Sacheri nació en 1967). Pero el niño lleva el número de Bertoni en la camiseta. Y este jugador estuvo en Independiente entre 1973 y 1978. Además, Independiente ganó la Copa de Libertadores —en sus diferentes denominaciones— en 1964, 1965, 1972, 1973, 1974, 1975, 1984. El cuento parece situarse en esos años gloriosos de las cuatro copas. Pero el club no jugó una final con un equipo brasileño en las finales de los años 1972, 1973 y 1974.

El año 1972, y el cuento no puede referirse a ese año, porque Bertoni aun no jugaba, Independiente disputó el primer lugar

en la liguilla de tres equipos en la segunda fase y su pase a la final al Santos brasileño, pero la final la jugó contra Club Universitario de Deportes de Lima.

En 1973 jugó la final contra el Colo-Colo de Chile. El año 1974 ganó la Copa frente al São Paulo de Brasil. Pero en aquel momento las finales no se jugaban por mayor diferencia de goles, sino al mejor de los puntos en dos partidos. En el estadio de São Paulo Independiente perdió y ganó en Avellaneda. El desempate se jugó en el Estadio Nacional de Chile.

En 1975 sí que Independiente necesitó una diferencia de goles con el Cruzeiro, pero pasará a la final por quedar primero en la liguilla de Grupo, y no para ganar la final. En esa fase de grupos, el club de Avellaneda perdió los dos primeros partidos y necesitaba ganar por 3 goles en el último partido del grupo ante Cruzeiro. Y así sucedió en el estadio de Independiente. Pero la final la jugó contra Unión Española de Chile. Y el desempate de la final se jugó en Paraguay.

El relato se sustenta en dos partes bien definidas, como sucede tantas veces en los cuentos de Sacheri. En la primera se recuerda un partido contra un equipo brasileño, que parece ser una mezcla entre lo sucedido en 1974 al ganar la final contra São Paulo y 1975 en el que necesitó una diferencia de goles contra Cruzeiro para pasar a la final. Pero la diferencia de goles no era pertinente en la final puesto que ésta se jugaba a doble partido en aquella época. La segunda parte del relato sí parece autobiográfica con ese maravilloso retrato del padre. Y del fútbol para pasar más allá de la muerte:

Cuando Independiente gana un campeonato —al fin y al cabo, Dios y sus milagros, evidentemente existen— lo primero que hago [...] levantar los brazos y los ojos hacia el cielo, abrazándolo a mi viejo a través de todos los rigores del destino, y por encima de todas las traiciones de la muerte. Lo que pasa es que tratándose del Rojo, de mi viejo y de mí, hay veces que la muerte es una señora que nos tiene un miedo bárbaro. (p. 146)

El amor más allá de la muerte de Quevedo se convierte aquí en el Independiente más allá de la muerte.

AFICIONADOS FIELES

En el libro *La vida que pensamos* existen dos relatos en los que los protagonistas muestran su apoyo con fisuras y sin fisuras a

los equipos de su alma. Siguiendo su máxima de que los cuentos tratan de personas comunes y corrientes, Eduardo Sacheri convierte a los hinchas, a los aficionados, en protagonistas de sus cuentos.

El primero de ellos se titula «Motorola» y en mi opinión es uno de los más redondos de la obra, por su hábil utilización de la tensión narrativa en el transcurso de un argumento redondo en su concepción. El taxista Tagliaferro, seguidor de Platense, se muestra escéptico con su equipo por dos razones. La primera tiene que ver con la distancia económica entre lo que ganan los jugadores y lo que ganan los trabajadores y así razona que hagan lo que hagan los jugadores nada cambiará su vida. La segunda tiene que ver con el desarrollo de juego de Platense, que se está jugando contra River su permanencia en primera o su descenso a segunda; ya dijimos que las victorias son un buen reclamo para los aficionados, y ser seguidor de un equipo perdedor no es nada agradable para nadie, sobre todo, como es el caso del protagonista, si tiene que soportar las bromas de sus compañeros de parada.

El cuento se estructura en torno a dos ejes: el primero tiene que ver con ese desapego que Abelardo Tagliaferro muestra con su equipo y con lo que hará esa tarde contra River en un partido definitivo; el segundo aparece en su ser íntimo, cuando a pesar de los pesares no puede dejar de ser seguidor de Platense. Así el fondo del cuento se escribe entre la figura pública y lo que quiere representar el personaje, y lo que es de verdad, su identidad íntima. Su indiferencia pública esconde una pasión personal y extrema por el equipo.

El título «Motorola» es el único que hace referencia a un objeto («Dominó» es un juego en el argumento de ese cuento) en la larga serie de cuentos reunidos. Se trata de la marca de la vieja radio que Tagliaferro lleva en su taxi.

En un cuento que puede considerarse como uno de los mejores de la colección por el uso de la tensión narrativa, Abelardo Tagliaferro, el Gordo Tagliaferro decide alejarse del equipo Platense y renegar de él en el momento en que ha realizado una campaña muy mala y está jugando contra River para no descender un partido esencial. Por tanto, el relato se sitúa en 1999 en el Torneo de Clausura. Su argumento no se basa en que el equipo va a bajar, sino que en el fútbol las ganancias de los jugadores son tan grandes que se diferencian de los mortales:

El fulbo es una mentira sabés. ¿O ustedes piensan que a esos turros de los jugadores les importa algo? No, padre, los tipos cobran y se van.

Jon Kortazar

¿Quién se queda como un boludo parado en la popular? ¿Vos o ellos?
(p. 99)

El relato comienza cuando el protagonista se acerca a la parada de taxis y debe enfrentarse a las bromas de sus compañeros, y mostrar un escepticismo que se mostrará falso:

—Y decime, Gordo, si hoy le gana a River, y ponele que por una de esas casualidades del destino se terminan salvando... ¿vas a seguir con la huevada del escepticismo? [...]

—No, Piolín, para mí el fútbol... ¿cómo te explica? Ya fue, sabés. (p. 98)

Sin embargo, sobre todas las apariencias bajo esa capa de escepticismo y suspicacia late un corazón por Platense. Una viajera sube al taxi de Tagliaferro y pide que le lleve a la basílica de Luján. Y en el momento en que se sube al taxi tiene la tentación de encender la radio, la Motorola, el símbolo de la tranquilidad de la vuelta a casa y algo más:

La radio, esa radio, era para él un talismán infalible, un salvoconducto, un pasaporte para un retorno pacífico a su casa y a los suyos. Y otra cosa: con esa radio había escuchado al Calamar salvarse de todos los descensos. (p. 101)

Cosa que no es del todo exacta, porque más tarde el narrador cuenta que el Gordo estuvo presente en dos de los partidos más cruciales por la permanencia de Platense. El argumento, pero, subraya que el protagonista ya ha caído en su pasión por el equipo. El viaje le llevará, ida y vuelta, todo lo que dura el partido y la radio, de tan vieja, tiene un problema grave: no sintoniza una vez que se sale de la capital. Así que Tagliaferro va cavilando en la exactitud de su juicio por haberse alejado de la afición al fútbol, y, sin embargo, no puede dejar de pensar en Platense y en su futuro:

Pero sus labios empezaron a musitar una letanía que a cualquier sacerdote le hubiese resultado extraña: Tigre, All Boys, Brown, Los Andes. Su ánimo ya era definitivamente sombrío. De pronto el pánico lo cruzó en varias oleadas sucesivas [...] ¿Y si no era una, sino dos o tres categorías perdidas a hilo? (p. 103)

Es decir, ¿qué pasaría si Platense no baja sólo a segunda, sino también a tercera? En este juego entre su convicción de que debe terminar con su afición por el Platense y su imposibilidad de hacerlo, entre apariencia y realidad, Tagliaferro consigue oír algo del partido, pero no el resultado, a costa de cerrar todas las ventanillas y ahogar de calor a la pasajera, por lo que opta por poner el aire acondicionado, que esta vez hiela a la pobre señora, que se baja espantada en Luján.

En el camino de vuelta la angustia de Tagliaferro por saber el resultado de partido es cada vez más afligida y más cómica. Se acuerda de las dos veces que Platense eludió el descenso de manera casi milagrosa (los presenció y no los oyó, como se dijo en un momento anterior):

El ascenso se le subió a la cabeza. Y la definición por penales con Lanús, Dios santo. Lo había ido a ver con la Clarisa. Al final del partido él se había desmayado y habían tenido que sacarlo de la popular entre cinco tipos bien grandotes. Pero quién te quita lo bailado. Y el desempate con Temperley, mama mía cómo habíamos sufrido [...] ¿Mas qué 'nosotros', enfermo? Si vos seguís tan pobre como cuando vinimos de España. (p. 106)

El párrafo se refiere a dos partidos memorables de Platense. Contra Lanús jugó en 1977 una final por el descenso. El encuentro terminó 0-0, y fue dramático porque se lanzaron 22 penaltis. En el último momento Miguelucci el portero de Platense detuvo un penalti y metió el gol el Platense. Pero hubo un error porque le tocaba lanzar a Miguelucci y lo hizo otro jugador. El desempate contra Temperley sucedió en 1987, y el momento dramático no se produjo en el partido contra éstos, sino en el último de la liga. Temperley empataba y Platense perdía contra River 0-2, y cuando faltaban 20 minutos entró un jugador llamado Gambier, que en 15 minutos logró 3 goles y en consecuencia que se jugara un partido de desempate por el descenso. En ese partido Platense ganó 2-0.

Tagliaferro ha sido, pues, testigo de los principales hitos de la historia de Platense que en efecto bajó a tercera (Primera B Metropolitana) y que, por cierto, ha subido a Primera división en enero de 2021, de nuevo desde aquel lejano 1999 y ¡nos ha sido imposible saber si Tagliaferro lo ha podido ver!

Lo que cuenta el relato es la transformación de ese aficionado que quiere permanecer impasible ante su equipo con la excusa de su tranquilidad, cuando se va poniendo cada vez más nervioso y angustiado porque no puede saber el resultado del

Jon Kortazar

partido. Pregunta en la caseta de pago de la autopista y puede saber que Platense pierde. Pero se aferra a la promesa: si promete algo importante y lo cumple, Platense se salvará. Y el recital de promesas es realmente cómico en esa búsqueda de magia que haga que el Platense se salve:

De modo que prometió dejar de fumar a las cuatro de la tarde y para siempre. Temeroso de que los hados lo considerasen débil de espíritu, agregó la promesa de una dieta estricta que lo llevara treinta y cinco kilos debajo de su peso actual en un plazo máximo de tres meses [...] las promesas se iban acumulando sobre sus espaldas. Prometió volver a misa todos los domingos [...] Prometió dejar de construir fantasías eróticas con la peluquera de la vuelta. Prometió regalarle flores a la Clarisa todos los viernes hasta que la muerte los separase. (pp. 107-108)

Pero todo resulta inútil. Y Tagliaferro no tiene más remedio que confesar que él es un fiel seguidor de Platense. Y por eso cuando llega a la parada frente a sus compañeros, se pone la bandera de Platense sobre los hombros y la extiende como una capa, porque, y entonces Sacheri ofrece una de las más exactas definiciones de la pasión por un equipo:

Uno no entiende por qué ama las cosas que ama. El intelecto no sirve para escapar de los laberintos del afecto. Por eso es tan difícil enfrentar el dolor: porque uno puede engañarse inundando con argumentos razonables las llagas que tiene abiertas en el alma, pero lo cierto es que esas llagas no se curan ni se callan. (p. 110)

Este personaje se convierte en símbolo de cualquier seguidor fiel a un equipo:

El hincha es esencialmente un sufridor, alguien acostumbrado a cargar con una corona de espinas a la espera de obtener, quién sabe cuándo, la salvación definitiva. Esto se observa especialmente en los aficionados de los equipos pequeños, resignados a padecer derrota tras derrota, pero que, en ese abnegado sufrimiento, sienten dar muestras del carácter inquebrantable de su fe.²²

²² García Cames (2018), *op. cit.*, p. 361.

Es esa pasión la que siente el niño de «El castigo», un niño que defiende hasta la pelea con mayores su amor por San Lorenzo. Es un relato discreto dentro de la colección.

El protagonista es un niño, que tiene un defecto en el habla y que llega angustiado a su casa porque se ha peleado con unos niños mayores y ha roto la ropa más decente que tenía. La riña de la madre y el temor al castigo del padre son los motores del cuento, que también esta vez se divide en dos secciones. La relación entre madre e hijo da lugar a un relato que cuenta los antecedentes del caso. La ropa rota que no podrá recomponerse por la situación económica de la familia, no podrá comprarse ropa nueva en meses y eso si su madre puede conseguir trabajo de costura. Además, se ha peleado con los hijos del tendero que les fía la comida, por lo que la pelea del niño puede convertirse en una tragedia para la familia. Esta primera parte incorpora las consecuencias que puede tener el incidente en la vida de los protagonistas.

La llegada del padre abre la segunda parte del texto e incide sobre las razones de la pelea. Todo empezó por una pequeña discusión sobre si una pelota entró o no entró en la siempre discutible portería marcada con dos piedras en el suelo. Y luego, cuando ya se iba, porque insultaron a su madre. Y porque tartamudeó, y porque dijeron que todos los de San Lorenzo eran tartamudos.

El padre comprende la situación del chico y en lugar de castigarlo, lo premia. Le ofrece dinero para que se compre una camisa nueva y le llena de afecto “por su valor en la pelea”.

El relato se sitúa, por tanto, entre esos que se mueven en la fidelidad por el club de los amores y la relación paterno-filial, a la que tanto recurso saca Sacheri. Además, la fidelidad del protagonista de este relato contrasta con el cuento que le antecede: «Los traidores».

LA INFIDELIDAD

En la colección de cuentos *La vida que pensamos* leemos tres cuentos de tres personas que por razones muy diversas dejan por un momento en suspenso el amor que sienten por su club y aparecen como aficionados que se muestran infieles a los colores de su equipo. En el primero, el protagonista narrador traiciona a su equipo por amor, en el segundo, el narrador, que se identifica con el autor, con Eduardo Sacheri, cae en el pecado de la oportunidad. En el tercero el protagonista debe decidirse ante una doble lealtad.

Es el primer cuento el que aparece como el mejor ejemplo del tema que queremos plantear aquí. En «Los traidores» el protagonista, que a su vez es el narrador de la historia, le cuenta a un muchacho que asiste junto a él a un partido preliminar al encuentro importante del día, la historia de su traición a su equipo.

Como sucede en «Motorola», en una narración en la que poco a poco y con una cada vez mayor tensión en el ritmo de los acontecimientos, «Los traidores» cuenta la historia de Nicanor que se vio obligado a traicionar a su club de siempre, el Morón, por el amor de una mujer. Pero su peripecia está unida a la de un jugador profesional, en este caso de ficción: Gatorra, que se pasó de Morón a Nuevo Chicago, y que en el primer partido entre los dos clubs metió tres a su antiguo equipo y el tercero de tacón burlándose de la afición que algún día fue la suya.

Nicanor se ve a sí mismo y a Gatorra como dos Judas que han traicionado a su equipo y son ellos «Los traidores» del título:

Y para peor, en el primer clásico en el que jugó contra nosotros, [...] nos metió tres goles y nos los gritó como un loco [...] Lo putearon de lo lindo, pero el resentido parece que cuanto más lo insultaban más se enchufaba. Escuchame un poco: el tercer gol lo metió de taco, con las manos en la cintura, sonriendo para el lado en que estaba la hinchada del Gallo. Ni te imaginas, pibe. (p. 223)

Si Gatorra traicionó a Morón, otro tanto le pasa a Nicanor:

La verdad es que Gatorra no era el único traidor aquella tarde: yo también estaba del lado equivocado aquella tarde. Sí, flaco, como te cuento. Y todo ¿sabes por qué?: por una mina. Todo por una mina ¿te das cuenta? [...] Dejame que te explique. (p. 224)

Y en éste comienza la historia que un Nicanor ya mayor le cuenta a su joven vecino de localidad. Resulta que un día asistió a un partido en el campo de Nuevo Chicago y a la salida se aleja de sus amigos y se pierde. La hinchada de Chicago tiene fama de ser muy peligrosa y así perdido de miedo ve a una mujer acompañada de un grupo de hombres. Nicanor se enamora de ella nada más verla y decide acercarse, porque significa su única oportunidad de saber quién es y no perderla. Pero hace una pregunta que lo delata, busca la salida del barrio. Los acompañantes se encaran y le preguntan si no será seguidor de

Morón. Y Nicanor comete su fatal traición, y responde: “De Chicago hasta la muerte” (p. 226).

Este encuentro le lleva a una doble vida. Tiene que disimular ante sus amigos que asiste a los partidos de Chicago, tiene que simular ante la familia y amigos de Mercedes, como se llama la mujer, que no es de Morón. Esta doble fabulación lleva al personaje a situaciones cada vez más comprometidas y cómicas donde el enredo se va complicando en cada situación, porque el padre de ella es directivo de Chicago y uno de sus hermanos vocal de la asamblea. Lo que hace que Nicanor explique la situación de una manera clara: “No sólo eran de Chicago: ya era una cosa como Romeo y Julieta, ¿viste?” (p. 227). Además, parece que Mercedes está medio comprometida con un amigo de sus amigos que se llama Alberto.

Nicanor puede decirle a su madre la verdad, pero no a sus amigos, de quienes tiene que esconderse y ante los que tiene que disimular su doble vida. Los sábados debe asistir a los partidos de Chicago, los martes al vermouth en la sede del club.

La simulación explota precisamente el día del partido en el que Gatorra mete tres goles. Esa tarde Nicanor está en la grada de Chicago y Mercedes asiste al partido en el palco y junto a su padre. Mientras transcurre el partido y Gatorra mete los goles de su equipo Nicanor no tiene más remedio que aguantar, aunque en su fuero interno queda clara su actitud:

Córner y un cabezazo del cornudo de Gatorra. 2 a 0 y de nuevo el delirio. Ahí yo empecé a pensar que en realidad todo era un castigo por mi traición; y que toda la culpa de esa humillación colectiva la tenía yo, el Judas moderno del fútbol argentino. (p. 235)

Cuando Gatorra mete el tercer gol de tacón y se burla de la afición de Morón, Nicanor se siente aludido directamente:

Nicanor vení conmigo acá al pastito, dale vos también algunos chuponcitos a la camiseta, dale, Nicanor, no te hagas de rogar, si vos y yo somos iguales, dale, si los dos somos un par de vendidos, yo por la guita y vos por la minita, pero somos iguales. (p. 238)

El pensamiento le resulta insoportable a Nicanor y explota:

Respiré hondo. Entrecerré los ojos. Y cacareé con todas las fuerzas de mi alma renacida un: ¡¡¡¡¡GATORRA, VENDIDO HIJO DE MIL PUTA!!!! que se escuchó hasta en la Base Marambio. (p. 139)

Ese grito pronunciado en mitad de la hinchada de Chicago, por algo tiene fama de peligrosa y conflictiva, trae como consecuencia un ataque colectivo contra Nicanor que debe huir saltando la valla y que le produce fractura de clavícula, tres costillas rotas y cinco puntos en la frente y cinco días de inconsciencia. Y cuando parece que Nicanor ha perdido a Mercedes, el relato hace un giro inesperado. Ella toma la decisión frente a su padre, y apela a Nicanor: “Vos júrame que nunca más gritás un gol de Morón contra Chicago. Nunca en la vida. Y yo le digo a papá que le guste o no le guste nos casamos igual” (pp. 241-242).

La decisión de Mercedes lleva a Nicanor a hacerle una promesa, que debe cumplir durante toda su vida. Por eso, y porque ama a su mujer, se levanta antes de que comience el partido Morón contra Chicago. Si se va, cumplirá de forma perfecta la promesa. Eso sí, antes de irse ha terminado de contarle la historia al muchacho que se sentó a su lado.

En un relato que parece tener tintes autobiográficos, «Feliz cumpleaños», el narrador suspende temporalmente su fidelidad a su equipo y prefiere la victoria, o el empate en este caso, del equipo rival para que ese resultado favorezca a la andadura de su equipo a punto de ganar el Metropolitano de 1983.

Las marcas autobiográficas son tres: la fecha del cumpleaños coincide con el día real en que nació el autor, el 13 de diciembre de 1967, por lo que cumple 16 años en 1983. El hecho de que el protagonista sea seguidor de Independiente, como efectivamente sucede en la realidad. Y la presencia de sus familiares, de su hermana menor, a la que vimos en «Señor Pastoriza» y, sobre todo, de su madre, que vuelve de un trabajo, que ha debido tomar a la muerte de su marido, dato que también ha aparecido en otros cuentos («Independiente, mi viejo y yo»).

El relato se construye sobre la idea de que al protagonista narrador le gustan que le hagan regalos sorpresa el día de su cumpleaños. Pero ese día transcurre de manera un tanto aburrida. Por un lado, su madre ha vuelto llorando del trabajo por una discusión que ha tenido con su jefe, lo que hace que la atención de quienes acuden a la casa, la tía, la hermana, la prima, y todas se vuelcan en el consuelo a la madre, que cuenta una y otra vez la historia. Por otro, al narrador le gustan los regalos sorpresa, como aquellos que recibía de niño. Su abuela le hace un par de juegos de regalo, su tía le regala dinero, y eso no sirve, su hermana un dibujo.

Madre e hijo se encuentran en un momento extraño de su vida: “Creo que ella está tan perdida como yo, en estos años. Ni

ella ni yo esperábamos que el mundo cambiase tanto en tan poco tiempo” (p. 272).

Pero el regalo sorpresa más importante está por llegar. Esa tarde se juegan en el estadio de Atlanta 15 minutos de un partido entre Ferro Carril Oeste y Racing que quedó inconcluso el día 1 de diciembre por agresión a un linier (p. 274), (por cierto, fue un partido que se inició en la Dictadura militar argentina y concluyó ya con la Democracia de Alfonsín en el poder. Todos los datos de ese partido en Bolaños 2019). Así que el narrador se prepara para oír ese trozo de partido en la radio que fue de su padre, acto que subraya con una reflexión preciosa que enmarca la importancia de la figura paterna en su vida posterior:

Es una Phillips azul, con un estuche de cuero. Es la que mi padre usaba para seguir los partidos. A veces pienso que mi vida es nada más que seguir huellas. Atrapar ciertos símbolos para que sigan conmigo. (p. 277)

Se remarca una oposición espacial, que marca la diferencia entre las mujeres, dentro de la casa, y el narrador que oye el partido en el exterior, en el patio de la casa. Es un momento importante, porque falta muy poco para que acabe el Campeonato y la situación entre los equipos es muy ajustada. Lo cuenta así el narrador:

A Ferro le está yendo muy bien en el campeonato [...]. Está peleando cabeza a cabeza la posibilidad de salir campeón [...] Pelea con otros dos equipos. Uno de estos equipos es San Lorenzo de Almagro, que acaba de regresar desde la Primera B [...] Pero el asunto es el otro equipo. El tercero de los que pueden salir campeón. Porque ese, el otro, es Independiente de Avellaneda. El equipo que yo quiero por encima de casi todas las cosas. Y por muchas razones. Voy a decir una sola: es el equipo que mi papá me dejó. Y con esa razón alcanza y sobra. (p. 275)

Aún así, en la tesitura del campeonato, el seguidor de Independiente se ha convertido en hincha del eterno rival:

Yo hincho por Racing [...] Me interesa mucho más mi propia alegría que el dolor ajeno. Lo que me importa es que Independiente salga campeón. Y si para eso hace falta que Racing gane, pues que gane. Y si para eso hace falta que Racing se salve del descenso, pues que se salve. (p. 277)

De manera que hace falta que Racing al menos empate el partido, cosa casi imposible, pues es muy difícil hacerle gol a Ferro, y se juega muy poco tiempo. Pero sucede. Cuando apenas quedan 60 segundos para el final, un jugador llamado Caldeiro metió el gol del empate.

Así el seguidor que ha sido infiel por interés tiene su regalo sorpresa de su cumpleaños, pero es que, además, y para su tranquilidad, las cosas fueron rodadas. Ese gol facilitó que Independiente consiguiera el título y no impidió el descenso del Racing, que se consumó en su estadio, con los rivales dando la vuelta olímpica en el campo rival: "Ésos son los regalos que me gustan. Los que son una sorpresa" (p. 278):

Yo ignoro [...] que será gracias al gol de Racing ese gol improbable de Caldeiro, que Independiente mantendrá un punto de ventaja [...] Y que el jueves 22, nueve días después de mi cumpleaños, le ganará a Racing ya descendido para coronarse campeón de fútbol argentino con 16 partidos ganados, 16 empatados y 4 perdidos, 54 goles a favor y 38 en contra. (p. 278)

El seguidor infiel puede consolarse de esa traición momentánea a sus colores por una doble razón. Una colectiva: Independiente gana el título. Y una privada: tiene, por fin, un regalo inesperado.

Una persona que vive con ansiedad su fidelidad al club se cuenta en «El cuadro del Raulito». Raulito es un niño, ya trece años, al que su padre dio libertad para decidir el club de sus amores. Así se hizo de River. Pero su padre le invita a oír un partido entre los de River, al que sigue el niño, y Huracán, el equipo del padre. Entonces Raulito tendrá un conflicto entre dos lealtades, entre la lealtad al club y la lealtad a su padre.

La historia comienza con lo que parece ser una actitud comprensiva del padre:

El decidió, de entrada no más, dejarlo en libertad. Tenía la idea de que los amores no se imponen ni siquiera se eligen. Pensaba que en todo caso eran los amores los que optan, los que se le imponen a uno. (p. 42)

Así que el padre declina la "obligación" de transmitir su fidelidad al club a su hijo. Actitud que aprovecha un tío para atraer al niño de su equipo: "Aceptó con entereza que Raulito, desde los nueve, más o menos, empezase a decir que era de

River ‘como el tío Hugo’” (p. 43). Además, el equipo al que sigue el padre, que sólo se nombra en la última línea del cuento, había descendido (en 1986 para ser precisos), y no pasaba por su mejor momento. El cuento debe situarse entre 1990 y 1994, correspondiendo con las fechas en las que se sitúan otros relatos de la colección.

Pero cuando Raulito crece, el padre sufre por no poder ir a ver al equipo a la cancha:

Que le hubiese encantado que Raulito saliese de los suyos. Que ahora que ya tenía trece, ahora que era ya todo un hombrecito, habría sido lindo ir juntos a la cancha. (p. 43)

Por si acaso, sigue contándole historias y leyendas del club, algunas de las cuales le avergüenzan por su exageración:

Cultivó su propia planta de leyendas mentirosas, como para mantener viva su persistente esperanza. Y aunque le daba un poco de vergüenza comparar al equipo del 73 [año en el que logró el último Campeonato el equipo que no se cita] con la selección de 86, igual seguía adelante. (p. 43)

Así llega el momento importante, el del enfrentamiento entre River y el equipo de padre: “Esa tarde, la inolvidable, la definitiva” (p. 43). Padre e hijo se sientan a escuchar el partido. River se pone 3-0 en la segunda parte. Raulito cada vez canta con menos entusiasmo los goles de su equipo y poco a poco la lealtad hacia su padre se va asentando. Pronto llega el 3-1 y el 3-2. Y entonces Raulito deja clara su fidelidad:

Porque a sus pies, al costado de la mesita, de rodillas de cara al cielo, gritando [...] estaba el pibe, el pibe ya sin vueltas, ya sin chance alguna de retorno, ya inoculado para siempre con el dulce del amor perpetuo y ajeno para siempre a cualquier otra camiseta. (p. 47)

De manera que cuando el equipo falla un contraataque en el último minuto del partido Raulito llora el fatal fallo del delantero. La madre sale a reñir al marido, pensando que perdió River y el padre se envalentonó con el niño. Pero el padre le saca de su error.

Jon Kortazar

—Me dices que ganó River, y el nene está llorando como loco encerrado en la pieza.

—Sí, Graciela. Ganó River. Pero el pibe no es de River [...] Lo que pasa es que el Raulito es de Huracán, Graciela. ¡De Huracán! (p. 50)

La doble fidelidad de Raulito y su decisión de decantarse por el equipo de su padre abre la puerta a la siguiente sección de este trabajo: la transmisión de la afición al fútbol entre padre e hijos.

LA TRANSMISIÓN DE LA AFICIÓN

Uno de los ejes temáticos de estos cuentos consiste en la insistencia en que la transmisión de la afición por los equipos pasa de padres a hijos. Y ese es un motivo que se reproduce una y otra vez, pero de manera muy matizada en cada relato que trata el tema y con una gran cantidad de recursos, porque cada experiencia es distinta y cada pasión en el fútbol resulta personal e íntima, diferente y distinta para cada caso.

Acabamos de ver que el padre de Raulito había hecho dejación de su deber de transmitir su afición al hijo y, de paso, había dejado vía libre a los demás, al tío Hugo, para que aprovecharan ese vacío para conseguir atraer a su cuadro al niño Raulito. De todas formas, el padre sufre una gran añoranza por poder ir juntos al campo. Por eso, poco a poco le va contando viejas leyendas del equipo de sus amores, que al final del relato sabremos que es Huracán:

Y aunque le daba un poco de vergüenza comparar el equipo del 73 con la Selección del 86, igual seguía adelante, envalentonado en su propia pirotecnia falaz, enternecido en la admiración dibujada en los ojos de Raulito. (p. 43)

Como hemos visto más arriba en la sección «Fidelidad autobiográfica» el ejemplo máximo de transmisión del amor por el fútbol y por el equipo es la relación que se establece entre el autor y su padre. En relatos llenos de elementos autobiográficos Eduardo Sacheri cuenta su identificación entre la figura paterna y el Independiente ya presente en uno de los títulos de los cuentos del libro: «Independiente, mi viejo yo», donde esa santa trinidad se ofrece como un todo en que la identidad se forja en medio de la transmisión por la pasión futbolera, hasta un modo

casi total. Así al final de relato, el escritor hace un manifiesto emocionado de fidelidad hacia el padre y el equipo:

Y queda en mí el mandato inexorable que dictan las fidelidades eternas. Cuando Independiente gana un campeonato [...], lo primero que hago, en la cancha o en mi casa, es levantar los brazos y los ojos hacia el cielo, abrazándolo a mi viejo a través de todos los rigores del destino y por encima de todas las traiciones de la muerte. (p. 146)

Y el cuento termina con una imagen genial que subraya la caracterización entre los tres, porque el hijo y el padre ya muerto van a identificarse con jugadores míticos del Independiente:

Todavía me acuerdo de ese número once de cuero blanco cosido en la camiseta [que llevaba de niño] como el de Bertoni. Pero ahora también veo, cuando me fijo con suficiente atención, que mi viejo también lleva lo suyo. Lo tiene ahí en la espalda, justo a la altura del nacimiento de las alas: un diez de cuero blanco, igualito, igualito al de Bochini. (p. 146)

Daniel Bertoni (1955-) y Ricardo Enrique Bochini (1954-) con quienes se identifican padre e hijo son dos conocidos y míticos jugadores de Independiente que jugaron en la época dorada del club entre 1972 y 1978 el primero y entre 1972 y 1991 el segundo que nunca cambió de club, y realizó toda su carrera en un mismo equipo.

Esa transmisión y unión entre padre e hijo se confiesa también, lo hemos visto, en «Señor Pastoriza» donde la muerte del jugador y entrenador de Independiente trae a la memoria la muerte del padre del autor y se muestran las dos defunciones en paralelo.

En «La promesa» los compañeros que van a esparcir las cenizas del amigo muerto se llevan con ellos al hijo de aquél, al que le han contado sus intenciones. En este caso la transmisión de la pasión futbolística se ha dado ya y llega a extremos exagerados, irónicos, humorísticos y tiernos a la vez. El niño aparece vestido ya con la camiseta del equipo, que no se nombra, pero los amigos de su padre le hacen una prueba de memoria exagerada: debe recitar las alineaciones del equipo durante ¡las dos últimas ligas, sustituciones incluidas! para obtener un resultado asombroso:

Rita me hizo seguirla hasta el dormitorio, mientras el Gordo y Beto le tomaban la lección a Luisito sobre la formación del equipo en las dos últimas campañas [...] el Gordo me informó en tono solemne que el pibe se había trabucado únicamente con el reemplazante de Cajal entre la quinta y la décima fecha del torneo anterior. (p. 86)

En la colección de relatos hay dos textos que se complementan. Uno es «El castigo», el otro, «Dominó». Como ya vimos, en «El castigo» un padre perdona la pelea de su hijo y los destrozos que se hizo en la camisa, pantalón y zapatos por defender a su equipo frente a unos niños mayores. El fútbol, aunque los dos son de equipos distintos, el niño de San Lorenzo y el padre de Boca, sirve para reforzar la unión entre los dos.

En «Dominó» el protagonista que siempre se llevó muy mal con su padre se reconcilia con él gracias a que se disponen a oír juntos un partido de fútbol. Rodríguez, un personaje anónimo, llega a casa de sus padres con la intención de hacer en domingo una visita rutinaria. Llega en tren al pueblo, a casa de sus padres a las dos y media, a la hora del café, para marcharse no más tarde de las cuatro. En ese tiempo debe mantener la calma para no pelearse con su padre: “Pero calla. Tal vez la madurez sea esto: dejar los silencios como están” (p. 323).

Pero un contratiempo viene a cambiar el curso de los acontecimientos. Rodríguez necesita pilas para su pequeño transistor y poder oír el partido de su equipo mientras regresa en tren a la capital. Pero es domingo (existe un pequeño desliz en el cuento con la cronología, su madre lo visitó en Buenos Aires en miércoles, y él se encuentra igual que “hace tres días”, p. 323), y el kiosco está cerrado. Padre e hijo comienzan a conversar sobre el partido que esa tarde su equipo juega contra Boca en la Bombonera, y el hijo demora su partida: “Algo lo detiene. Una piedad infrecuente que le impide dejar que el comentario de su padre se pierda en el silencio” (p. 326).

En esta tesitura y por esa piedad hijo y padre transitarán por un puente entre uno y otro. El padre no irá a su partida de dominó, y el hijo se quedará a oír el partido junto a su padre en la vieja radio de la infancia.

Es más rara, pero también se da la transmisión de la pasión entre abuelo y nietos. Así en «Motorola» Tagliaferro sueña con que sus nietos sean del Platense como él y sí gana y se salva:

Estuvo a punto de prometer que no iba a joderlos más a los nietos para hacerlos del Platense, pero se contuvo a tiempo porque Dios no

podía pedirle sacrificio semejante y porque supuso que ya había acumulado suficientes méritos con las promesas anteriores. (p. 108)

Pero la mayor comunicación entre generaciones se produce en el cuento que da nombre a la colección de relatos: «La vida que pensamos». En este relato un abuelo, que tiene un pronóstico de salud realmente preocupante (“La arritmia de mi abuelo, sus problemas de tensión alta, el colesterol por las nubes, el reto del cardiólogo, el pronóstico alarmante”, p. 303) se vale de la complicidad de su nieta, Agustina, estudiante de periodismo, para realizar todo aquello que tiene prohibido: acercarse a un estadio a ver un partido de fútbol, acudir a un restaurante de un amigo a cenar de manera excesiva...

De hecho, en este cuento se realiza una de las pocas menciones a la intertextualidad que se presente en el libro. Ya se anotó que en «El golpe del Hormiga» se menciona a Osvaldo Soriano. Aquí se recuerda a Roberto Fontanarrosa y a su muy conocido cuento «19 de diciembre de 1971», donde se cuenta la muerte por infarto de un hincha, el viejo Casale, que ha sido literalmente secuestrado por su cuadrilla de amigos en el momento en que su equipo el Central de Rosario jugaba una semifinal contra el Newells Old Boys, eterno rival, que se jugó en Buenos Aires en esa fecha y terminó con 1-0, gol de Aldo Pedro Poy de palomita.

En el cuento Sacheri rememora la acción en boca de los hermanos de la narradora protagonista, que no sabe mucho de fútbol, hermanos que se muestran preocupados por la salud del abuelo, que acudió a ver un partido de “los de infarto”:

La última presencia del abuelo en el estadio había sido un partido importantísimo, por la promoción, en el que Gimnasia había metido dos goles en los últimos cinco minutos y se había salvado del descenso. De esos que uno dice “un partido para el infarto”. Bueno, parece que el abuelo se lo tomó muy en serio, porque se quedó ahí tirado en la platea y no se murió de casualidad [...] ‘Cómo el viejo Casale’, dijeron, y yo no entendí a qué se referían. ‘El cuento de Fontanarrosa’, intentaron aclarar, pero me quedé tan en ascuas como antes. (p. 307)

El título del relato, y del libro, se explica en esta frase del abuelo dirigido a la protagonista, en la que reflexiona sobre el discurrir de la vida, una sentencia sobre el contraste entre el curso de los proyectos propios y los que más tarde se producen

Jon Kortazar

en la vida, entre el desequilibrio entre lo que uno quiere y lo que luego se produce en la realidad:

El abuelo demoró en responderme 'No te calentés, Bochita. No te enojés. Una cosa es la vida que pensamos. Pero después cambia. Se tuerce. Es otra cosa. Al final la vida hace lo que quiere'. (pp. 316-317)

Si la cita de Fontanarrosa resulta de una claridad meridiana, puede que quede un poco más oscura la relación entre el título. «La vida que pensamos» y el título del soneto de Borges que da título a la conocida novela de Abad Faciolince *El olvido que seremos*.

Volviendo al relato, el abuelo defiende la "vida que pensó": ir al fútbol, ver a los amigos, cenar y beber, cuando ya la vida se ha torcido y tiene un pronóstico de salud muy malo. Se ha torcido su vida, lo tiene prohibido casi todo, pero él, con la complicidad de su nieta, va a volver a esa "vida que pensó". También se refiere de manera irónica a las aspiraciones de Agustina, quien quiso disfrutar de esa tarde con su abuelo, pensando que era una despedida, que el abuelo la estaba invitando al fútbol como una forma de decirle adiós antes de su muerte:

El plan del abuelo, la noche, la despedida. Porque era eso. Y yo sabía que era eso. Tácita, profundamente, eso era una despedida. Y todo lo bello, lo tristemente bello que encerraba ese gesto del abuelo, se perdía por ese partido mugroso y esos tres goles de Defensa y Justicia, mal rayo los parta, dónde se ha visto un club que se llame así. (p. 313)

En el relato la ironía funciona en un doble sentido. Todo lo que Agustina había planeado para esa tarde va mal, el partido sale mal, porque Gimnasia y Esgrima de La Plata pierde. Lo que Agustina piensa que es una despedida que termina de forma deficiente, y ella se siente mal porque compara su vida de estudiante ("Maldita yo, muy ocupada en la facu y con el idiota de Lucas y con mis amigas y con salir a bailar y con dramas") y sus pequeñas tragedias cotidianas con el momento trágico que está viviendo, en el momento de comunicación personal e íntima con su abuelo, y con la sensación de la muerte:

Rendida me puse a llorar como una nena. Le dije que le quería. Le pedí que no se fuera [...]. Le dije que no había hablado así con nadie. Le dije que lo necesitaba. (p. 316)

Pero resulta, y aquí está el segundo nivel de la ironía del relato, que para el abuelo el encuentro con Agustina no es una despedida a la puerta de la muerte. En realidad, el abuelo pretende que le sirva de tapadera y de cómplice para poder saltarse todas las prohibiciones que por su estado de salud le está poniendo su familia, sobre todo su hija. Así que si la vida que piensa Agustina tiene que ver con una visión dramática de la existencia, la vida que piensa el abuelo tiene que ver con una visión gozosa de vivir su vida.

La complicidad comienza con la utilización del apelativo personal para Agustina: “Bochita”, “Bolita”, que sólo usa él y en momentos importantes, en momentos de comunicación personal entre los dos. La complicidad sigue en la asistencia al partido. Y esa complicidad se va tejiendo poco a poco. Por eso abuelo y nieta van a un restaurante a comer “la picada más grande que yo jamás había visto”. Y los dos, a pesar del colesterol del abuelo dan buena cuenta de una excelente cena:

Lo que comió ese hombre. Lo que comimos en realidad. Lo que bebimos [...] Y se suponía que me había propuesto cuidarlo y evitarle los excesos: A la segunda cerveza me dio por el lado de la borrachera feliz [...] Apenas me acuerdo de la sensación. La sensación de que no querer que termine. De que fuera para siempre. (p. 315)

Y eso es lo que quiere el abuelo: Vivir. Realizar la vida que pensó. De manera que si Agustina piensa que todo es una despedida y viene la muerte, el relato va por otro camino, y una vez que el abuelo consigue la complicidad de la nieta, suena el teléfono y:

A veces la vida hace, no más, lo que quiere con nosotros. Yo estaba lista para escuchar a mi abuela. Su dolor, su angustia, su necesidad de decírselo primero a mi madre. Para lo que no estaba lista, lo juro, era para esa voz de hombre, calma, bajita, sigilosa, que me preguntó:

—Hola, Bochita. Averiguame con quién jugamos la próxima fecha de locales. (p. 318)

No hará falta decir que el abuelo propone en esa pregunta una nueva excursión al estadio, vuelta al restaurante donde se come y se bebe, es decir, una vuelta a la vida que quiere vivir él, y no a la tragedia entrevista por la nieta.

Jon Kortazar

Por cierto, Agustina es una de las pocas mujeres que asiste a los estadios en estos cuentos de Sacheri. Y sirve para dar entrada a otro tema clave en estos cuentos.

LA FIGURA DE LA MUJER EN LOS CUENTOS DE EDUARDO DE SACHERI

Si centramos la mirada en la figura de la mujer y al papel que tiene, que juega sería mucho decir, en estos cuentos, nos encontramos con una distinción fundamental. Las mujeres de estas narraciones se dividen entre las que no van al fútbol, la mayoría, y las que van (tres nada más).

En el centro de la esfera sociológica, en cambio, existe una consideración machista de la sociedad en la que la mujer ocupa un papel secundario, y la figura que se ofrece de ella es conservadora y muy tradicional.

De hecho, Agustina protesta por la situación en la que se ve obligada a moverse en su familia:

Los llamé cuando tuve todo listo y la mesa puesta. Una geisha casi. Por supuesto que no dijeron una palabra, como si disponer en su hogar de una tarada que se ocupe de todo fuese parte de su derecho viril a gobernar la Creación, pero ése es otro tema. (p. 305)

LA MUJER EN CASA

Dentro de la clave de humor en el que se mueven muchos de los relatos de Sacheri existe una exageración, que lleva a los personajes a preferir el fútbol a la situación de las mujeres. En ese tono de exageración paródica se cuenta el caso del jugador que deja a su mujer en la hora del parto para ir a jugar un partido ineludible con sus amigos:

El único que se retrasó un poco fue Alberto, el arquero, que como su mujer estaba empezando el trabajo de parto esa mañana se demoró entre que la llevó a la clínica y pudo convencerla de que se quedara con la vieja de ella. (p. 16)

O el caso del que retrasa su salida de luna de miel para poder jugar el partido con los amigos:

En mi caso, por ejemplo, logré que mi flamante esposa aceptase salir de luna de miel un lunes en lugar de un domingo, porque justo nos habían puesto el partido el domingo a mediodía. (p. 202)

Son dos casos extremos, pero el humor no oculta el machismo que marca la posición de las mujeres que no van al fútbol. Porque las mujeres que no van al fútbol se quedan en casa. Como esa viuda que ve que los amigos de su esposo muerto van al estadio a esparcir sus cenizas.

Las mujeres que se quedan en casa son mujeres cuya función consiste en servir a los maridos y a los hijos. Y en este sentido es un icono sobresaliente la madre de «Dominó», de quien en una frase memorable se dice que:

Los tres se sientan a la mesa de cemento y patas de hierro. En realidad su madre permanece de pie mientras sirve y su esposo paladea el primer sorbo, y aprueba con un gesto. Recién entonces ella toma asiento entre los hombres. (p. 323)

Todo en esa secuencia resulta sintomático de una situación inferior de la mujer. En primer lugar, la corrección de la frase: los tres se sentaron, no, en realidad no se sentaron los tres, sólo se sentaron los hombres; la madre permaneció de pie, hasta recibir la aprobación del esposo, y la palabra resulta también emblemática; y cuando recibe la aprobación, es decir, el permiso de su marido, se sienta entre los hombres, marcando la oposición básica entre hombre y mujer. Es aquí donde aparece claramente el derecho viril, y no civil, del que hablaba Agustina en su débil protesta.

Las mujeres a las que no les interesa el fútbol mantienen una actitud pasiva. Anita, espera el desenlace de la angustiada situación ante la muerte de su marido en «De chilena». La madre de Raulito, que no oye el partido con su marido e hijo, se pregunta qué pasó con el niño y por qué llora en «El cuadro de Raulito». En «La promesa» son dos las mujeres que se quedan en casa: la mujer del narrador protagonista, y la viuda del amigo muerto. La madre del niño de «El castigo» deja que sea el padre el que se encargue de la educación del niño. En «Feliz cumpleaños» las mujeres hablan dentro de la casa, mientras el protagonista sale al patio a oír el partido, y el espacio marca una simbología clave entre espacio privado para la mujer y espacio público para el hombre que cumple ese día 16 años. Y ya hemos aludido al papel que juega la mujer en «Dominó», esa situación de

Jon Kortazar

absoluta subalternidad, a pesar de que los miércoles puede escaparse a Buenos Aires a ver a su hijo, nuera y nietas sin que lo sepa su marido.

Estas mujeres son amas de casa y sólo trabajan en la casa. Hay tres mujeres que trabajan. Pero el autor implícito deja claro cuál es su papel social.

La primera mujer que trabaja es costurera y con ese oficio completa el magro salario que trae su marido a casa. Es la madre del niño de «El castigo» que ofrece ese trabajo poco profesional, precario y que lleva a cabo en la casa:

No habría manera de reponer el vestuario en menos de cinco meses (y eso contando con que la madre siguiera recibiendo las changas de costura). (p. 247)

Dos trabajan fuera de casa. La madre del narrador que podemos identificar con el autor en «Feliz cumpleaños» y la madre de Agustina en «La vida que pensamos». Y resulta muy curiosa la forma en que se califica a estas dos mujeres. A pesar de tener un trabajo normal fuera del hogar se describe a la madre del autor, que ha buscado un trabajo de oficinista a la muerte de su marido, como una mujer débil y habladora. Y el narrador remacha: “A mí me resulta un poco extraño ese afán de las mujeres por hablar. Por volver a decir lo que ya han dicho” (p. 273).

La madre de Agustina es psicóloga. Trabaja fuera del hogar, porque ha sido abandonada por su marido que se ha marchado con otra mujer. Pero aún así se dice de ella que:

Con sus pacientes será muy psicóloga, pero en casa y con nosotros es toda una mamá de las de antes, de ésas de chismes y batón. (p. 299)

La imagen de la mujer es, pues, una imagen que subraya su función social más conservadora y tradicional. De hecho, Agustina dice de sí misma que un día que su madre salió de casa para comer con unas amigas se comportó: “como una chica muy de su casa” (p. 305). Y ésa es la imagen que se da de la mujer en estos cuentos: son mujeres “muy de su casa”.

El único ejemplo de mujer que no va al fútbol y aun así mantiene un cierto poder sobre el hombre se describe en «Benito en cuatro meses», un cuento centrado en un futbolista que ha llegado a la capital y no es fichado, está en la indignancia y al que un policía corrupto anima a delinquir. Yénifer, su novia, pone como condición para seguir juntos que Benito deje a su cuadri-

lla y vuelva limpio. Por eso el cuento termina con la decisión de él:

—A qué venís— le pregunta ella por tercera vez [...]
—A cambiar— contesta al fin, Benito.
Yénifer sonríe y eso es todo. (p. 297)

Pero habría que convenir que es un cuento que se acerca al género romántico y con un poso de didactismo que se respira en la superficie de la página.

Es probable que en estas descripciones Eduardo Sacheri se haya propuesto describir “las cosas como son” en la sociedad en la que se mueven sus personajes, que son de perfil social medio o bajo, a veces los personajes se encuentran cercanos a la delincuencia, o ejercen profesiones mal pagadas y de bajo nivel social. Pero ello no es una excusa para mostrar una y otra vez una posición conservadora de la mujer en el universo de sus cuentos.

LAS MUJERES QUE VAN AL FÚTBOL

En este apartado existen dos clases de estereotipo de mujer. En primer lugar, Eduardo Sacheri escribe dos cuentos en los que las mujeres se sienten atraídas y se enamoran del protagonista, mientras se relata un campeonato de fútbol («Un verano italiano») o un partido («Una sonrisa exactamente así»), pero estas mujeres no van a los campos de fútbol. En segundo lugar, están las que sí lo hacen. Y ellas mantienen una mayor capacidad de decisión con respecto a sus parejas y/o a la sociedad.

En un caso, la alusión a la presencia de una mujer en el campo es muy menor y no tiene peso en la acción. Nos referimos a la mujer de Tagliaferro, Clarisa, que una vez acompañó a su marido a ver un partido de Platense:

Y la definición por penales con Lanús, Dios santo. Lo había ido a ver con Clarisa. Al final del partido él se había desmayado y habían tenido que sacarlo de la popular entre cinco tipos bien grandotes. (p. 106)

La mención se refiere a un partido jugado contra Lanús el 16 de noviembre de 1977 en el que se lanzaron 22 penaltis, para romper el empate entre el 23, que paró Miguelucci, el portero de Platense, y el 24 que marcó el 9, cuando de verdad le tocaba

hacerlo al portero. La presencia de Clarisa en el fútbol y en el relato es menor, imperceptible.

Las otras dos mujeres, en cambio, sí tienen una presencia mayor en el desenlace de los cuentos. Describimos aquí el papel de Mercedes en «Los traidores» y de Agustina en «La vida que pensamos». Por cierto, los dos nombres parecen simbólicos. Mercedes es quien hace el gran favor a Nicanor, salvándolo de la turba de Chicago, primero, y casándose con él después. Agustina muestra una actitud angustiosa frente a la actitud de su abuelo, quien, en realidad, no necesita más que una cómplice y no a alguien que lo pase mal por él. En este caso, también, no es igual ir al campo de forma continua y sabiendo de fútbol, como lo hace Mercedes, o ir al campo de vez en cuando y sin saber del deporte. Y los dos casos divergen en el caso de estas dos mujeres.

Mercedes toma la decisión trascendental que propone el cuento: casarse con su pretendiente y seguidor de Chicago, o hacerlo por Nicanor, quien fue traidor por amor. Ella decide, ella lleva las riendas de la relación. Así lo confirma Nicanor por medio de una frase que ya conocemos:

Creeme, pibe. Te digo en serio. ¿Cómo qué promesa, pibe? [Y aquí se transcribe una frase de Mercedes] 'Vos júrame que nunca más gritás un gol de Morón contra Chicago. Nunca en la vida. Y yo le dio a papá que le guste o no le guste, nos casamos igual'. (pp. 241-242)

Es ella quien decide frente a su padre, es ella quien se ha dado cuenta de lo enamorado que está Nicanor, y ella resuelve la boda y el futuro de la relación con Nicanor. Pero, como en los cuentos infantiles, le pone una prueba a éste, una promesa que debe cumplir, y por eso, antes de romperla, Nicanor prefiere marcharse del campo cuando juega Morón contra Chicago.

Agustina no decide tanto. Se deja llevar por la vitalidad del abuelo, es su cómplice y en cierto modo, el abuelo la utiliza. No muestra una decisión como la de Mercedes, pero en ella aparece otro rasgo clave en la narrativa de Sacheri: la metanarrativa, la reflexión sobre la escritura del cuento mientras el narrador lo escribe. En el momento de la escritura del cuento, la narradora Agustina reflexiona sobre lo que está escribiendo, sobre la pertinencia de las palabras o su inconveniencia, porque ella estudia Periodismo y debe tener cuidado con la propiedad de las palabras.

BIBLIOGRAFÍA

- Bolaños, Eduardo: «Ferro vs. Racing: la historia del único partido que comenzó en dictadura y terminó en democracia», *Infobae*, 15-XII-2019, <https://www.infobae.com/deportes-2/2019/12/15/ferro-vs-racing-la-historia-del-unico-partido-que-comenzo-en-dictadura-y-termino-en-democracia/>.
- Boillos, Mari Mar/ Kortazar, Jon (eds.): *Egungo euskal literatura eta futbola*. UPV-EHU. Bilbo: Argitalpen Zerbitzua, 2020.
- Cerdá, Miranda: «¡Veinte años, carajo!: la historia de un cuento sobre el sentido de pertenencia», 2020, <https://www.sanlorenzoprimer.com.ar/noticias/veinte-anos-carajo-la-historia-de-un-cuento-sobre-el-sentido-de-pertenencia>.
- «Club Atlético San Lorenzo de Almagro», https://es.wikipedia.org/wiki/Club_Atl%C3%A9tico_San_Lorenzo_de_Almagro.
- Cordara, Julio: «El gol menos querido», 2010, <http://chicagototal.blogspot.com/2010/08/el-gol-menos-querido.html>.
- Díaz Zuloaga, Luis Alejandro: *Literatura y fútbol: otros horizontes de la literatura en España e Hispanoamérica*, 2015, <https://www.tdx.cat/handle/10803/285423>.
- Eagleton, Terry: *Humor*. Madrid: Taurus, 2021.
- García Cames, David: *La jugada de todos los tiempos. Fútbol, mito y literatura*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018.
- Gilbert, Jonathan: «En sus novelas y cuentos, Eduardo Sacheri entrelaza la vida en Argentina y el fútbol», *New York Times*, 1-VII-2016, <https://www.nytimes.com/es/2016/07/01/espanol/cultura/en-sus-novelas-y-cuentos-eduardo-sacheri-entrelaza-la-vida-en-argentina-y-el-futbol.html>.
- Lasso Ruales, Andrés: «Eduardo Sacheri: el volante que no soñó con ser escritor», *Mundo Diners*, <https://revistamundodiners.com/eduardo-sacheri-el-volante-que-no-sono-con-ser-escritor/>.
- Kortazar, Jon: «*Aquella edad inolvidable*. Fútbol, nación, identidad en Ramiro Pinilla», *Boletín Hispánico Helvético*, 33-34 (2019), pp. 183-204.
- Pacheco, Carlos: *Del cuento y sus alrededores*. Caracas: Monte Ávila, 1993.
- Quiroga, Horacio: «El manual del perfecto cuentista», en: Pacheco, Carlos (ed.): *Del cuento y sus alrededores*. Caracas: Monte Ávila, 1993, pp. 325-339.
- Relaño, Alfredo: *Tantos Mundiales, tantas historias*. Barcelona: Córner, 2014.

Jon Kortazar

- Romero Reche, Alejandro: *El humor en la teoría sociológica postmoderna. Una perspectiva desde la teoría del conocimiento*. Granada: Universidad de Granada, 2008.
- Sacheri, Eduardo: *La vida que pensamos. Cuentos de fútbol*. Madrid: Alfabara, 2014.
- «Sacheri explica por qué eligieron a Rácing para *El secreto de sus ojos*», https://www.youtube.com/watch?v=rMln_KhBTBo&ab_channel=FW.
- «Eduardo Sacheri explicó por qué el asesino de *El secreto de sus ojos* es de Rácing», 2020, https://www.youtube.com/watch?v=xQoXr_toahk&ab_channel=eltrece.
- Sánchez, Yvette: «Nichos deportivos en la literatura», *Boletín Hispánico Helvético*, 33-34 (2019), pp. 173-181.